

## PREFACIO

Cuando los historiadores que se ocupan de Hispanoamérica se reúnen ocasionalmente sus discusiones versan sobre los orígenes de las repúblicas que se extienden al sur del Hemisferio Occidental. Con frecuencia se repite la idea de que, en comparación con la edad de los descubrimientos y las conquistas y el posterior periodo de agitación intelectual que preparó la separación política de España, el siglo XVII es una época "olvidada", o "descuidada". Parece una especie de descanso nocturno entre dos extenuantes jornadas de la historia; pero los estudiosos atentos de los acontecimientos del pasado consideran que en la historia realmente no hay tales pausas y que el proceso histórico prosigue aun durante estos momentos tranquilos; aún más, que las etapas de quietud pueden determinar poderosas, aunque sutiles transformaciones que moldean el carácter de un pueblo y condicionan los hechos subsecuentes. Los sucesos tormentosos de la Europa de la misma época, con sus interminables guerras, revoluciones dinásticas, rivalidades comerciales, nacionalismos nacientes y desarrollo científico han establecido el patrón tradicional de los textos históricos modernos en el que está implícito el concepto de que la historia de Occidente es la historia del mundo. Pero aunque en gran medida era una porción de la cultura occidental, la Hispanoamérica colonial, con su aislamiento, sus casi tres siglos de paz, su ortodoxia religiosa y su población heterogénea, difícilmente se ajusta a este estrecho esquema. La dirección de su evolución resulta apenas perceptible, pobre en sucesos y harto insignificante. Mas si para Europa esta parte del globo apenas aportó el combustible que le correspondía a la corriente de conflagraciones naciona-

listas que devastaron el Continente, para los pueblos cuyos días discurrieron en esas remotas regiones del Nuevo Mundo, éste fue un periodo formativo de consolidación étnica y cultural. Fue una época tranquila, relativamente, en la que el proceso de hibridación, de absorción cultural y crecimiento psicológico formó la matriz cuya marca es aún reconocible en los elementos humanos de la Hispanoamérica de hoy. De ahí que, para entender al Hemisferio Occidental, sea necesario espiar por detrás del telón que separa los periodos colonial y nacional y echar una ojeada a sus principios sociales, culturales e intelectuales. Este esfuerzo puede ser más fructífero, para la comprensión, que escudriñar los aspectos políticos y militares que la historia tradicional con tanta frecuencia prefiere.

Una investigación sistemática de este género, menos cautivador, presenta dificultades. A falta de la documentación masiva y específica que generalmente producen los grandes acontecimientos, batallas y personalidades, tenemos que acudir a fuentes de un género más difuso y heterogéneo, cuya utilización exige gran discreción. La ausencia general de acontecimientos sensoriales desvía nuestra atención hacia elementos históricos más pequeños, casi intangibles, y el estudio se ve forzado a trabajar más bien en el clima de los sentimientos de la época, que entre la flora y la fauna de la evidencia registrada. No es fácil penetrar en la íntima realidad de una época cuyo espíritu anacrónico se empeña en esconder la sustancia tras de un elaborado frontispicio de intrincado diseño. El relativo éxito de este esfuerzo decorativo obliga al investigador a buscar su camino, no tanto entre las relaciones que aportan los sucesos o los movimientos de ideas, como entre las actitudes que prevalecen, los principios y las creencias del periodo. Estos imponderables con frecuencia asoman en triviales incidentes y se presentan como detalles sin importancia. Tal estado exteriormente inactivo, interiormente vivo de

la evolución histórica de la Nueva España o México colonial, ha sido propiamente llamado "época barroca".

La ampliación del término barroco es relativamente reciente, y su definición ha sido controvertida. En un principio se aplicó a un estilo arquitectónico y de las artes plásticas; después ha llegado a designar también una época histórica y subsecuentemente un modo de vida. En general para Hispanoamérica y en particular para el México colonial donde su expresión artística fue tan compleja y su espíritu tan duradero, la ampliación semántica del término parece especialmente lógica. El florecimiento del arte barroco colonial se conoce mejor por conceptuosos estudios; pero el barroco, al que se considera como una época histórica y como un modo de vida, no ha sido totalmente evaluado. Este trabajo no pretende llenar sustancialmente esta laguna de la historiografía, ni constituye tampoco un profundo análisis o interpretación. Para tales fines se impone la necesidad de una investigación más sistemática, y una bien fundada síntesis está en espera de información más completa. Esta narración tan sólo pretende dar una idea de los aspectos culturales, literarios e intelectuales de un periodo relativamente olvidado de la historia mexicana. Es en realidad una especie de mosaico formado con trozos incidentales y anecdóticos y piezas mayores de detalles personales y costumbristas; en sí mismo, es una especie de dibujo barroco. Como los motivos de un tallado de ese tiempo, vida y cultura del México colonial presentan un elaborado diseño de "remolinos dentro de remolinos", el conjunto no puede abarcarse completamente con una simple mirada. Una mejor comprensión de lo general, puede ser resultado de un más preciso enfoque de ciertas personas, lugares y prácticas y de algunos detalles de su existencia.

En cierta medida, la carrera del arzobispo-virrey fray García Guerra, de la que se habla en el primer capítulo, simboliza la época barroca en Hispanoamérica; la cual, en

términos menos personales se intenta describir en el segundo. Como la profusión de detalles, la jerarquía y el contraste figuran entre los trazos dominantes del barroco, su expresión humana aparece en la descripción de la sociedad colonial, que se ofrece en el tercer capítulo. Un intrincado juego de clase, casta, raza e hibridación señala estas tendencias. Las secciones siguientes se relacionan sobre todo con las costumbres, la cultura, los hábitos literarios y los conceptos intelectuales de los elementos dominantes en una civilización neomedieval. La evolución en esta última está sintetizada, hasta cierto punto, en dos conspicias figuras: la monja poetisa sor Juana Inés de la Cruz y el erudito criollo don Carlos de Sigüenza y Góngora, cuyas semblanzas se ofrecen en los últimos capítulos. Con el arzobispo-virrey fray García Guerra estas dos personalidades muestran o encarnan el gradual cambio de pensamiento y actitud perceptible en el curso del siglo xvii. Mediante estas y otras figuras, se advierte vagamente la rudimentaria organización de la pauta psicológica de un pueblo que está transformándose en una nación. Se prefigura así, la revolución ideológica, destinada a socavar la neo-ortodoxia de la época barroca.

Todavía más significativo es el hecho que revelan estas figuras: a través de las décadas del siglo, el criollo se identificó más y más con su tierra natal e incrementó la conciencia de su personalidad separada y singular. Este amanecer de nacionalismo (discretamente oscuro al principio) se afirma a sí mismo en los escritos de las postrimerías del siglo xvii. Si el español nacido en América rara vez consideró al indio, al negro y a la mezcla de los elementos del proletariado como sus socios en un nuevo cuerpo político, no difirió mucho en este respecto de las clases aristocráticas y burguesas dominantes en las naciones más adelantadas de la Europa de ese tiempo, en relación con sus campesinos. De 1600 a 1700, el criollo adquirió una conciencia muy perceptible de su individualidad y fe en su latente,

si no actual, paridad con sus parientes del Viejo Mundo. Su progreso en los estatutos económico, social y político le dio creciente seguridad y nutrió su ambición para arrebatar del vacilante puño del peninsular las riendas del poder.

En la esfera intelectual los dos distinguidos criollos mencionados, sor Juana Inés de la Cruz y don Carlos de Sigüenza y Góngora, ejemplificaron el alborar del espíritu crítico y el incipiente declinar del escolasticismo, mucho más perceptibles en la Europa de su tiempo. Pero aunque la reflexión científica en el siglo xvii parece nebulosa y remota y su proyección es sólo como la claridad de un falso amanecer, ellos barruntaron de todos modos el advenimiento de la edad moderna en México y en Hispanoamérica al roturar el suelo para la germinación de la independencia política, al desafiar a la autoridad en el campo intelectual. Como la monja-poetisa es tan ampliamente conocida por su mérito literario, se subrayan aquí las cualidades mentales de esa brillante mujer. Su interés en las ideas la coloca claramente al lado del erudito criollo, como precursora del racionalismo en el México del siglo xviii.

Para hacer resaltar más el elemento de contraste, que es un destacado componente del barroco, ocasionalmente se atisban circunstancias y sucesos del norte del México colonial y particularmente de la América inglesa. Organizadas un siglo después, las colonias británicas fueron mucho más primitivas y mucho menos opulentas que los establecimientos españoles; pero guardan con éstos curiosas semejanzas durante el siglo xvii, aunque también apuntan no pocas diferencias. Un interesante ejemplo, que aparece en el capítulo XI, trata de los respectivos hábitos de lectura de los austeros peregrinos de Nueva Inglaterra y de los desenvueltos criollos de la Nueva España.

En algunos capítulos resumí extensamente mis propios estudios y artículos previamente publicados; pero en cada

caso añadí nuevos datos en diversos grados. El texto ha sido reescrito.

Estoy muy agradecido a la Universidad de Michigan, por las vacaciones sabáticas que me ofrecieron un ininterrumpido período durante el cual pude escribir un manuscrito con el Sr. Christian M. F. Brun, de la Biblioteca William L. Clements, Ann Arbor, Michigan; con mi discípulo Edward H. Worthen y con el Dr. Paul Murray, de la ciudad de México.

Heathbrook

South Tamworth (East Sandwich)  
New Hampshire

IRVING A. LEONARD

*2 bustes au cret*

## I. UN ARZOBISPO-VIRREY BARROCO

DOS FUERTES cañonazos sonaron sordamente a través de las turbias aguas del desembarcadero de la Vera Cruz, puerto de acceso al México colonial, al entrar en él los primeros lentos galeones de la flota que anualmente llegaba de España; circunvalaron la isla-fortaleza de San Juan de Ulúa, situada a un buen tiro de mosquito de la playa. Más disparos de artillería resonaron en tierra, mientras otras embarcaciones entraban por el expuesto canal del norte, en dirección al más seguro fondeadero de la muralla sur de la fortaleza. Para los sesenta y dos barcos salidos de Cádiz el 12 de junio de 1608, la travesía había sido buena, señaladamente libre de las acostumbradas amenazas de tormentas y piratas. El número de naves había disminuido mucho desde que se avistaron las islas del Caribe, cuando algunas unidades se separaron del grupo para entregar carga y pasajeros en Puerto Rico, Santo Domingo, Cartagena, La Habana, Honduras, Jamaica y Yucatán. Pero el grueso de la flota enfilaba hacia el último puerto, que daba entrada al espacioso reino de la Nueva España. Era el 19 de agosto, más de dos meses después de que la costa de España se había esfumado en la neblina, y ya tripulación y pasajeros estaban cansados de la ansiosa monotonía de la estrecha e incómoda vida a bordo. Los últimos días en el mar, con el final del viaje tan próximo, atormentaron a todos hasta la exasperación. Una calma importuna había retrasado la llegada, y el calor del sol, tanto por sus rayos directos como por su reverberar sobre el agua bruñidamente azul, había socavado los ánimos, ya bastante deprimidos. El sudor corría de cada poro de aquellos cuerpos desaseados, y la breca rezumaba de las tablas de las pequeñas na-

*Walter Allen?*

*Successes de Fray García  
Suena, arjohist de México (1613)*

ron siempre sospechosos de conspirar con las masas de indios explotados para acabar con la supremacía blanca. Tan grande fue el terror de europeos y criollos que no se atrevían a salir a las calles y se encerraban en sus casas.

Esta neurosis colectiva se agudizó una noche en que se oyó a muchos puercos hozar y dar chillidos por las calles de la ciudad. Estos ruidos fueron interpretados como un asalto lanzado por negros prófugos, y crearon poco menos que el pánico entre los jueces de la Real Audiencia y la ciudadanía. Ni siquiera la llegada del día hizo desaparecer la histeria popular, y la guardia sobrecogida de miedo cercó a veintinueve negros y a cuatro mujeres, como supuestos conspiradores. En un esfuerzo desesperado para dar escarmiento a otros elementos subversivos, las autoridades bárbaramente ajusticiaron a los miserables sospechosos en la plaza pública, ante un enorme concurso de gente. Las cabezas cortadas quedaron ostensiblemente expuestas sobre picas, hasta que el hedor de la descomposición hizo necesario su retiro.<sup>12</sup> Similares arranques de miedo incontrolable habían sacudido antes a los europeos en aquellas latitudes virreinales, pero la simultánea desaparición de los dos poderes, el de la Iglesia y el del Estado, reunidos en una persona, levantó una oleada más violenta de terror irracional. Así, en su muerte como en su vida este arzobispo-virrey español, representó de manera singular un aspecto de lo barroco, que sutilmente dominaría todo el siglo xvii, y mucho tiempo después.

<sup>12</sup> Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos* (Barcelona, 1888-89), 5 vols., vol. iv, p. 561.

## II. LA ÉPOCA BARROCA

CON LA perspectiva de quien considera las cosas después de sucedidas, puede descubrirse una especie de frontera entre dos épocas de la historia occidental en los cuatro años que presenciaron el ascenso de fray García a los supremos oficios, eclesiástico y político, de la Nueva España. Cuando aquel ilustre dominico embarcó rumbo al Nuevo Mundo en 1608, no pudo darse cuenta de que la Europa que abandonaba estaba transformándose en un mundo nuevo, en lo político, en lo económico, en lo social y en lo científico. En algunas partes del Continente, estos cambios estaban tan avanzados ya, que hicieron imposible recobrar la perdida unidad de la Cristiandad y la tradición medieval que personificara tan cabalmente el arzobispo-virrey. Si para él el "reino de Dios" era un imperio compuesto de principios que reconocían a un príncipe supremo respaldado por una aristocracia que disfrutaba de privilegios feudales, con la estructura completa cimentada en la adhesión a la única y verdadera Fe, ya en otras regiones de Europa muchos contemplaban el "reino del hombre", que iba surgiendo de un sistema de ideas muy distintas. Entre éstos crecía la convicción de que la voluntad humana puede determinar el destino humano, y que el hombre no ha de considerarse como objeto desvalido a merced de una deidad todopoderosa. Vislumbraban la existencia humana como algo más que una penosa preparación para la eternidad, e iba en aumento la indisposición de la mente a una total abdicación ante los preceptos dogmáticos de una Iglesia medieval. Las presiones opuestas de la Reforma y de la Contrarreforma agrietaron la argamasa de la ortodoxia y, particularmente en el norte, donde nuevas enti-

dades políticas adquirirían importancia, se desgajó perceptiblemente la solidaridad heredada del Medioevo. El gran cisma había partido el Continente en dos Europas, la protestante y la católica, y el abismo se ensanchaba. Irregularmente estaban ya rotas las ligas de la religión y de la tradición que habían prometido un orden unificado: el proceso de la fragmentación había de continuarse.

En la Europa hendida de los postreros años de fray García, la política de los estadistas ya no estaba influida por la *Philosophia Christi*, ni por la búsqueda del perfecto estado universal que condicionó el utopismo del Renacimiento tardío. Aunque las convicciones influían muy claramente en las decisiones de la época, las preocupaciones seculares tomaban precedencia sobre las eclesásticas; esto, a pesar de que el Sur católico reaccionando contra el fermento de la época, hiciera más inflexible su adhesión a la ortodoxia. Pero los estados nacionales que surgieron en el Norte protestante estaban subordinando los asuntos espirituales a las actividades comerciales; y en la cosa pública, mercaderes aventureros, compañías mercantiles y otros cuerpos de esa índole ganaban influencias sobre la Iglesia organizada. Cambiando y multiplicando rutas comerciales, éstos ensancharon el mercantilismo, revolucionaron la sociedad y facilitaron la insurgencia de nuevos tipos de imperialismo, de capitalismo y de colonialismo. Una clase de nuevos ricos lentamente estaba usurpando el poder de la *aristocracia* agraria, y una burguesía que engrosaba adquiriría cada día más el control político. Iba creciendo la confianza en que el hombre, en verdad, podía ser dueño de su destino.

En los años en que fray García adquiría fama, estaba germinando una semilla que reforzaría la convicción de que la humanidad puede dirigir su destino. El descubrimiento más portentoso del momento fue un camino nuevo para acercarse a la verdad, destinado a transformar el mundo occidental y, con el tiempo, el orbe entero: la ciencia moderna. El universo de Tolomeo, con la Tierra como eje

central del cosmos, estaba cediendo su lugar, acaso imperceptible y precariamente, como le constó a Galileo, al universo de Copérnico, en que la Tierra es sólo un planeta en la periferia de un inmenso sistema solar. Una nueva libertad para la especulación y el experimento estaba socavando los tradicionales métodos formales del escolasticismo, y conducía ya a descubrimientos que empujarían los prodigios del mundo medieval.

Si esta divergencia fundamental en la metodología intelectual fue apenas discernible a principios del siglo XVII, en pocas décadas cambiaría los conceptos de muchos sobre el mundo, amenazando la cosmología medieval y la ortodoxia religiosa. La aplicación de los métodos de análisis y de medida implicó una nueva búsqueda de un plan divino del universo; pero como esta empresa se tradujo en la creación de nuevos valores, el caduco monopolio teológico y escolástico del camino hacia la verdad quedó hecho pedruzos y se inició la duda sobre la infalibilidad de los dogmas. Ya en la primera mitad del siglo XVII estaba confirmada la teoría heliocéntrica de Copérnico (1543). Tycho Brahe (1546-1601), aunque con la intención de reconstruir el sistema de Tolomeo, señaló sin la ayuda del telescopio la posición precisa de los planetas; Johannes Kepler (1571-1630) estaba entonces determinando, mediante el análisis matemático, la órbita elíptica de los cometas; y en el mismo momento en el que fray García simbolizaba el autoritarismo medieval en México, Galileo Galilei (1564-1642) usaba por primera vez el telescopio, inventado en 1608 para demostrar la validez de la teoría de Copérnico. Esta refutación positiva de los vetustos supuestos de la cosmología, era amago a la autoridad, y en 1616, la Iglesia tardíamente inscribía el tratado de Copérnico en el Índice de Obras Prohibidas. Antes de esto, Giordano Bruno (1548-1600), fue llevado a la hoguera por su creencia en la pluralidad de los mundos y en otros planetas habitados.

Según iba adelantando el siglo XVII, otros descubrimien-

tos asombrosos en diversas disciplinas sacudieron los conceptos ortodoxos. William Gilbert (1540-1603) observó sistemáticamente el fenómeno del magnetismo; William Harvey (1578-1657) demostró la circulación de la sangre; Robert Boyle (1627-1691) enunció las leyes de la química y de la presión de los gases; y Marcello Malpighi (1628-1694) y otros, hicieron importantes descubrimientos mediante el análisis microscópico de organismos vivos.

Amenazas aún más directas a la antigua metodología iban a crear tensiones y a recrudecer la resistencia conservadora. En 1605 Francis Bacon (1561-1626), después de sujetar la ciencia medieval a un estrecho escrutinio la tachó de "saber contencioso". René Descartes (1596-1650) era todavía joven cuando fray García despregaba su erudición escolástica y asistía a sus corridas de toros en la ciudad de México; pero este francés, en su *Discurso del método para conducir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias* (1637), asestaría en poco tiempo un golpe mortal al sistema de verbalismo dialéctico que encumbrió al dominico español a tales alturas de poder. Y todavía después, el gran matemático inglés Isaac Newton (1642-1727), prosiguiendo la obra de Descartes, derribaría sin remedio los débiles apoyos que quedaban al mundo medieval encarnado en el arzobispo- virrey de México.

Así como la solidaridad espiritual, intelectual y social de Europa se derretía al calor de los cambios revolucionarios, el conservadurismo del Sur católico acrecentaba su intranquencia reaccionaria. España, que llegó ser un poderoso imperio con los Habsburgos en el siglo XVI, se arrogó el papel de campeón de la ortodoxia, y sus gobernantes tomaron posición intransigente en el campo tradicionalista. Esta actitud resuelta dominó el Concilio de Trento y determinó el tono de la Contrarreforma, quedando así vencida la esperanza de una reconciliación con el Norte protestante. La enorme amplitud del Imperio Español, esparcido por todo el Mundo, Nuevo y Viejo, era como una liga de

naciones descoyuntadas, que parecía señalar claramente una hegemonía universal del plan divino bajo el patrocinio hispánico. Los grandes pueblos que en Europa estaban amenazados por la herejía, y América, en espera de la iluminación cristiana, constituían un patente encargo que la Divina Providencia había confiado con exclusividad a los pueblos de la península ibérica. Por un lado, el cristianismo tenía que ser restaurado en su estado pristino, y por el otro, difundido en su forma más pura. No era posible contemporizar con la heterodoxia, doméstica ni extranjera y por eso la libertad de cuestionar las ideas, que en España disfrutara de relativa inmunidad durante la primera parte del siglo XVI, quedó súbitamente suprimida. El desesperado temor al contagio herético, estaba substrayendo desgraciadamente, doctrina tras doctrina filosófica, tanto natural como moral, de la posibilidad de comprobación racional, colocándolas en la esfera del dogma incuestionable. Una creencia simple y la aceptación completa de la autoridad en cada una de las áreas del pensamiento, era lo que constituía la virtud en la opinión hispánica, y la que, además, ofrecía mayor garantía de salvación. "En el siglo XVII no se respira un aire 'normal' de convicciones", observa un moderno erudito español, "sino más bien, algo como un oxígeno de fe".<sup>1</sup>

En esta situación, las ideas, ya fueran laicas o religiosas se encontraban cuidadosamente resguardadas en España y excluidas, hasta donde era posible, del Nuevo Mundo para preservar de contaminación a los naturales aún no completamente cristianizados. De esta manera, la razón cayó bajo la influencia de una autoridad rígida y las conclusiones alcanzadas por procedimientos racionales estaban ya prede-terminadas; la iniciativa de los pensadores quedó limitada al tratamiento de detalles formales respecto a algunas te-

<sup>1</sup> Américo Castro, *The Structure of Spanish History* (Princeton University Press, 1954), p. 191.

5 M/1  
sis, en lugar de emplearse en la valoración de las tesis en sí. La verdad era accesible sólo mediante los métodos verbales del escolasticismo, y los conocimientos adquiridos por medio de los sentidos eran poco serios y potencialmente peligrosos. Bajo la influencia española, la Europa católica encalló en los vados del autoritarismo y del saber eclesástico, mientras que otras partes del Continente avanzaban lentamente hacia las corrientes más libres del método experimental que más adelante guiaría la ciencia y la técnica modernas.

En los reinos del Nuevo Mundo se conservó el pensamiento tradicional debido a lo remoto de la turbulencia europea y al sólido patrón de una sociedad en que una pequeña minoría blanca gobernaba grandes núcleos de indios sumisos, y para la cual la ignorancia de éstos parecía cada día mayor bendición. Sin embargo, la *intelligentia* de las Indias Españolas estuvo mucho menos aislada del mundo cambiante y de las ideas revolucionarias de Europa de lo que a menudo se supone, y varios intelectuales nacidos en América durante el curso del siglo XVII mostraron un conocimiento sorprendente del pensamiento europeo de la época. Pero, esto es evidente, el clima de la opinión en aquellas lejanas posesiones no era muy propicio para un franco disentimiento de la ortodoxia tradicional y del escolasticismo con el que la Madre Patria estaba apasionadamente comprometida. La actividad intelectual se centró casi exclusivamente en las universidades y en los seminarios de las ciudades coloniales, donde prevaleció un neoescolasticismo decadente y en que prácticamente no existían pensadores dedicados al método experimental. Como el racionalismo puramente formalista dominó la vida intelectual hispánica durante el llamado período barroco, especialmente en los reinos americanos, será oportuno hacer una breve descripción.

El escolasticismo es, por supuesto, de origen esencialmente eclesástico y, como filosofía, se desarrolló a partir

de la teología, cuyos métodos se trasladaron al saber secular. La premisa básica del escolasticismo es que Dios es la fuente de toda verdad, y que, según su sabiduría, esta verdad, o porciones de ella, han sido divinamente reveladas a individuos escogidos como agentes humanos de trasmisión. Sus escritos son el producto de la revelación y por tanto constituyen la autoridad suprema de todo saber. Como productos de la inspiración divina, los escritos de los Padres de la Iglesia constituyen la más alta autoridad, y se considera que contienen en sí mismos la refutación de todos y cada uno de los argumentos presentados por la razón humana. Este concepto de conocimiento obviamente hace hincapié en las dotes de la memoria y no en el poder del raciocinio, pues las páginas de esos libros contienen una respuesta a toda pregunta. En consecuencia, la brillantez intelectual se manifestó en la dialéctica y en la capacidad de citar a las autoridades. Los asuntos de doctrina se establecían por medio de la argumentación lógica, logrando conclusiones por la racionalización verbal, no por la demostración experimental de lo percibido mediante los sentidos, como en la ciencia moderna. Así pues, la actividad intelectual se fundamentó en argumentos basados en materias memorizadas de las fuentes aceptadas, y consecuentemente los mejores recursos del saber superior eran la memoria fotográfica y la destreza dialéctica para explotarla. Un ejemplo impresionante de este género de prestidigitación mental lo ofrece el registro de una prodigiosa hazaña que tuvo lugar públicamente en la Universidad de México.

Habiendo aprendido de memoria los voluminosos escritos de santo Tomás de Aquino, el padre Francisco Navarro, un fraile dominico, se condujo tan brillantemente en la oposición para una cátedra en 1635, que fue invitado a repetir su proeza ante una "sesión plenaria de sabios doctores, los estudiantes de las diversas facultades, los prebendados de la Catedral y otros eclesiásticos y miembros de



varias órdenes, además de un nutrido número de distinguidos laicos, tanto militares como civiles". Seleccionando al acaso cuatro de 154 cuestiones de una obra teológica, el exponente "empezó dirigiendo una disertación al auditorio sobre los cuatro puntos de controversia en la teología que le tocaron por suerte, ligándolos unos con otros con mucha gracia, lucidez, distinción y conocimiento. Luego procedió a la segunda parte de la prueba, dictando a cuatro hermanos legos, uno tras otro, cuatro tesis disintas sobre cuatro puntos de teología, un trozo a la vez a cada escribiente, haciéndolo sin titubeos o equivocaciones, como si fuera dictando una tesis única y continua".<sup>2</sup> Su capacidad para citar al instante cualquier pasaje oportuno de la vasta obra de santo Tomás de Aquino hizo posible esta hazaña extraordinaria "que parece ir más allá de las fuerzas del cerebro humano", y ante el auditorio mostró la más alta forma de intelectualización que una mente mortal puede alcanzar.

Este neoescolasticismo, del que hizo una exposición tan prodigiosa el padre Naranjo, subrayó, otra vez, de manera especial, algunas otras peculiaridades del escolasticismo anterior. Para la filosofía secular, los escritos de Aristóteles eran casi tan infalibles como las Sagradas Escrituras y durante más de tres siglos las obras del clásico griego reinaron sobre el pensamiento europeo, aunque los escolásticos, como se llamó a los exponentes del escolasticismo, no atendieron, especialmente en la América colonial española, a las enseñanzas de su maestro respecto a la necesidad del experimento en la búsqueda de la verdad. Al aplicar el mismo método a sus escritos que a la teología, los escolásticos aceptaron la supremacía de Aristóteles sobre todos los otros maestros paganos, y suya fue la última palabra en muchos de los campos del saber.

<sup>2</sup> G. R. G. Conway (ed.), *Friar Francisco Naranjo and the Old University of Mexico* (México, 1939), pp. 37-38.

El instrumento más importante de los escolásticos, virtualmente considerado como el método exclusivo para la argumentación, es el silogismo y las conclusiones obtenidas mediante este recurso son consideradas como la verdad. El silogismo consta de una premisa mayor, de una menor y de la conclusión deducida de ellas. Un ejemplo servirá de ilustración:

Premisa mayor: Ningún ser finito está exento de error.

Premisa menor: Todos los hombres son seres finitos.

Conclusión: Por lo tanto, ningún hombre está exento de error.

Estos rígidos ejercicios lógicos pueden conducir al absurdo y, en el curso del tiempo, inspiraron burdas parodias. Pero la escolástica, en general, no fue tan estéril como puede sugerirlo esta descripción simplificada, aunque se prestó al abuso evidente en el esfuerzo por aparentar ingenio que se advierte en el intelectualismo barroco de la América española colonial. Pudo, y así lo hizo, agudizar el talento para las sutilezas de expresión, ofreció una rigurosa preparación lógica y dio valiosa experiencia al razonamiento deductivo, aunque en la práctica, el fin perseguido con demasiada frecuencia era la deslumbrante destreza verbal. Su legado consiste, acaso, en la predilección por el florido giro de la retórica de altos vuelos todavía observable en gran parte de la elocuencia pública de la América hispana, y en la general atracción, hasta hace muy poco por el cultivo de la filosofía y de la metafísica en lugar de las ciencias naturales y físicas.

En contraste con las regiones septentrionales de Europa, los pueblos hispánicos reaccionaron ante el humanismo tratando de reintegrar la ciencia y la religiosidad medievales; pero el resultado final fue, en gran parte, una mezcla de las dos tendencias intelectuales. El neoescolasticismo vino a constituir la metodología de una neo-ortodoxia, pero no lle-

\*  
 gó a paliar el dilema de la cristiandad. Los pensadores medievales, para quienes la ciencia era sierva de la teología, se esforzaron por entender cómo el orden de la existencia humana ilustra la bondad divina; trataron de determinar los objetivos, los propósitos o causas finales hacia las que parecen tender las cosas, pero hicieron poco por analizar las condiciones físicas de la existencia, y el enfoque cuantitativo del comportamiento de la materia les pareció poco importante. La vana búsqueda de lo primario que empujó la ciencia medieval cedió ante las empresas más mundanas y asequibles del humanismo; y el esfuerzo por reinstaurar aquella ortodoxia intelectual solamente restauró un género de futilidad. La amargura resultante fue causa de una sustitución inconsciente de los mecanismos intelectuales del escolasticismo como fines en sí mismos<sup>3</sup> y del abandono de los últimos fines.<sup>3</sup> El efecto fue la tendencia a trocar el contenido por la forma, la idea por el detalle, otorgar nuevas sanciones a los dogmas, evitar preguntas y sustituir la sutileza del pensamiento por la sutileza del lenguaje; y todo ello sirvió para la represión, que no para la liberación del espíritu humano y para divertirlo mediante espectaculares expresiones y excesivas ornamentaciones. Tal fue, en esencia, el espíritu de la llamada "Época Barroca" tal y como se manifestó en el mundo hispánico.

Existe un vago misterio acerca del origen de la palabra "barroco", pero en general se acepta que deriva de un disparate con que los humanistas del Renacimiento se morfaban del escolasticismo medieval. Burlándose de aquellas discusiones, "Barroco" llegó a ser sinónimo de pensamiento confuso e impreciso; después tomó el significado de "decadente" y "de mal gusto". Sólo en el siglo XIX, cuando el término llegó a designar algo histórico y técnico, aplicado

<sup>3</sup> Se debe esta discusión a Ernesto Nagel en el cap. 8 de su *Chapters in Western Civilization* (Nueva York, Columbia University Press, 1954).

primero a las artes y más tarde a un periodo cronológico.<sup>4</sup> Pocos de los que vivieron durante la "Época Barroca" oyeron siquiera la palabra, y probablemente nadie la aplicó a su propia época. Es, de hecho, un don no solicitado de la posteridad, que carece de marbetes para acotar las etapas evolutivas por las que transcurren las actividades de la humanidad.

El largo curso de la historia occidental es una sucesión de estados de ánimo encontrados y de actitudes divergentes ante la existencia; y cada una de estas posturas espirituales se extiende durante periodos muy distintos que abarcan desde siglos y generaciones hasta sólo décadas. Posteriormente, a estos periodos se les dieron nombres. Estas mutaciones retrospectivamente perceptibles se manifiestan en la vida social, moral y creadora, oscilando entre la conciencia intelectual y la libertad emocional, o entre la conformidad y la inconformidad frente a las limitaciones autoimpuestas. La antigüedad griega y romana, el Renacimiento y el siglo XVIII llamado neoclásico, fueron épocas conocidas por su tendencia a contenerse dentro de las normas clásicas; la Edad Media, y el periodo barroco generalmente asociado con el siglo XVII, así como el Romanticismo del XIX, parecen épocas de desinhibición de las emociones.<sup>5</sup> Esta clasificación, por supuesto, peca de excesiva simplificación, puesto que siempre operan tendencias contrarias que son causa de tensión y conflictos. De hecho, algunos periodos se señalan más por la paradoja que encierran que por su consistencia, y posiblemente ninguno tanto como la época barroca. De aquí las dificultades que surgen para su comprensión y definición.

Los límites cronológicos del periodo barroco se sitúan

<sup>4</sup> Darnell H. Roaten y Federico Sánchez y Escribano, *Wolfflin's Principles in Spanish Drama, 1500-1700* (Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1952), pp. 7-12.

<sup>5</sup> Cf. Guillermo Díaz-Plaja, *Historia de la literatura española* (Barcelona, 1953), 2 vols., vol. I, pp. 220-223.

1580-1580  
Barroco

aproximadamente entre mediados del siglo XVI y mediados del XVIII, alcanzando su clímax hacia la mitad del XVII. Su intensidad fue relativamente breve en algunas partes de Europa, pero en otras fue más considerable. Muy relacionado con la contrarreforma, tenía que ser más duradero en el sur del Continente. Se describe el barroco como "una mezcla de los ideales del medievo con los del Renacimiento".<sup>6</sup> Por lo tanto no es de sorprender que durara más tiempo y tuviera manifestaciones más extremas en el Mundo Hispánico. "Lo barroco constituye la verdadera forma y plenitud de España", se ha dicho, y en realidad el genio apasionado e individualista del español, reaccionando a las circunstancias históricas, nos señala la verdad de este aserto.

Esta época fue testigo de la exaltación mística de santa Teresa de Ávila y de San Juan de la Cruz, expresada en prosa y verso clásicos y en el sórdido materialismo descrito al mismo tiempo en la abundante literatura picaresca del período. La licencia excesiva en la moral pública tuvo su paralelo en el ascetismo de las conciencias ardientes; y los grilletes intelectuales del neoescolasticismo acentuaron el desenfrenado influjo de lo emocional. Por medio de la religiosidad medieval los sentimientos cáóticos se desahogaron en un violento fanatismo que engendró un dogmatismo árido, una intolerancia sin transigencias, una persecución implacable y una superstición denigrante. Por medio de una caballería desvirtuada, desdorada reliquia de la Edad Media, un fervor explosivo patrocinó un pundonor morboso en las relaciones personales y un código de honor que nutrió prolíficamente riñas vindicativas y duelos criminales. La pasión barroca estimuló el impulso a la acción, la obsesión del poder y, desde los profundos recintos de la inconsciencia, conjuró una vitalidad extraordinaria y el

<sup>6</sup> Roaten y Sánchez y Escribano, *op. cit.*, p. 168, núm. 2.

empuje de una energía que no encontró salida adecuada ni catarsis satisfactoria. Diferente del chispazo prometeico renacentista, lo barroco fue una vitalidad que negó la vida y se agotó en cosas triviales. Después de experimentar brevemente un humanismo emancipado y fecundo, el espíritu cayó ahora sin esperanza en el desabrimiento profundo, al hallar restauradas sus cadenas medievales. Como Segismundo, en el famoso drama de Calderón *La vida es sueño*, cavilaba si la visión renacentista de la vida, tan fugazmente contemplada, sólo era un sueño. Los anhelos frustrados engendraron una inquietud que buscó alivio aplicando a las verdades aceptadas de la existencia ortodoxa una pátina ornamental trabajada en sorprendentes combinaciones de pormenores en diseños intrincados, en dibujos multicolores y en conjuntos muy complejos. Pero estas actividades no relajaron completamente las tensiones, y sólo dieron una vaga sensación de satisfacción. En cambio, más bien inducían a un vago desengaño, a una desilusión rencorosa, la cual, a su vez, provocó el pesimismo y el fatalismo, y un resurgimiento del estoicismo que tan profundamente se alojaron en la psique hispánica. Hubo un retraerse dentro de sí, una clausura de fronteras para las ideas nuevas, semejante a la manera en que España cerró sus fronteras geográficas al resto de Europa, para recluirse en su tradición. Íntimamente asociada con este negativismo medular estuvo la morbosa preocupación por la muerte y la decadencia. En "un mundo de contrastes extremos, de magnificencia arrogante y miseria sin esperanza, de indulgencia carnal y ascetismo estático";<sup>7</sup> la vida no era algo real, sino un drama, una tragedia representada en el proscenio, un espectáculo para ser contemplado.

Pero esta extraña agitación, esta inquietud peculiar, este dilema amargo que subyacía en la actitud barroca liberó un

<sup>7</sup> Pál Kelemen, *Baroque and Rococo in Latin America* (Nueva York, 1951), p. 14.



arquitectura  
barroco

los escasos habitantes de las poblaciones costeras, estuvieron a salvo de los asaltos cada vez más frecuentes de los piratas protestantes. Las diferencias raciales, lingüísticas y culturales dividieron los elementos de una sociedad feudal en que una pequeña minoría europea estaba gobernando, como una aristocracia, a la gran masa primitiva de naturales apenas capaces de comprender las cuestiones teológicas que rascarón en dos al Continente. Estos naturales oprimidos retuvieron mucha de su cultura semibárbara, que contrastaba vivamente con el exquisito refinamiento que la riqueza y la holganza permitían a la clase gobernante. La tarea no cumplida de hacer prosélitos entre los indios encomendados por la Corona pretendió justificar un número enorme de clérigos, quienes, a su vez, necesitaron innumerables iglesias, seminarios y conventos. Mucha riqueza se vertía entonces en las arcas de la Iglesia, que influyó tanto en los asuntos seculares de estos reinos de ultramar como su organización paternalista durante la Edad Media en Europa. Además del poder económico y político, las riquezas a disposición de la Iglesia hicieron posible que esta institución fuera patrocinadora de las artes, especialmente arquitectónicas, en las que el fervor barroco se manifiesta más claramente. Así pues, un régimen neomedieval surgió y sobrevivió como un anacronismo en que, según parecía, la teología pudo prevalecer sobre la historia. La mayoría indígena, de hecho, perdió su pasado histórico, mientras que los elementos mestizos que resultaron de la fusión racial no habían hecho todavía historia alguna. Solamente la pequeña minoría europea podía tener un papel activo en el proceso histórico, pero aun la gestión de este grupo fue severamente restringida por la política reaccionaria de la madre patria. Así, en una comunidad tan inmóvil social y culturalmente, la vitalidad barroca no pudo sino desarrollar hondas tensiones y frustración; especialmente cuando los celos enconados y las rivalidades dividieron al elemento blanco dominante. Para re-

cibir mercedes en esta sociedad hermética, el criollo, o español nacido en América, se vio obligado a solapar su amargo resentimiento con adulación hipócrita a los miembros de la clase más privilegiada, los españoles nacidos en Europa y, por su diletantismo insatisfactorio, muchas veces disipó su talento en pomposos ritos, en gestos ceremoniales y en panegíricos verificados para lisonja de su vanidad. Estas falsedades y artificios llevaron fácilmente el formalismo barroco a sus manifestaciones más extremas.<sup>9</sup>

Así fue como la breve carrera y variada experiencia de fray García en el virreinato de la Nueva España simbolizaron la época barroca en los lejanos reinos de la América española. Encarnando en un poder absoluto la combinación Iglesia y Estado, este español peninsular llegó con ostentación y esplendor medieval para gobernar un reino como arzobispo-virrey. Desde el momento de su llegada a la Vera Cruz hasta el de su sepelio en la Catedral de México, fue objeto de la adulación teatral de sus súbditos en todas las formas posibles de pintoresco boato y exagerada ceremonia. El gusto por el drama en los espectáculos públicos casi llegó al delirio en la macabra magnificencia de sus exequias; el morboso relato de la progresiva desintegración del poderoso eclesiástico enfermo, y la minuciosa descripción de la autopsia de su cadáver, que escribiera un autor célebre de la época, atestiguan la patológica preocupación por la muerte y la decadencia que preocupó a la mentalidad barroca. Igualmente típica de este espíritu es la yuxtaposición de las excesivas limosnas de fray García y su sensual excitación en el espectáculo sanguinario de las corridas de toros; de su gran piedad en las prácticas religiosas y su agudo deleite en la música mundana y los pla-

<sup>9</sup> Una estimulante discusión del barroco en la América colonial española, a la cual se debe esta descripción, se encuentra en Mariano Picón-Salas, *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (México, FCE, 1944), caps. v, vi.

barroco

ceres del paladar; de su devoción a los deberes eclesiásticos y su insaciable ambición de poder secular; y de su posición en el pináculo de su mundo y su incansable y nebuloso afán de llegar a cimas siempre más altas. También son sugestivas, en el conjunto de lo barroco, las extrañas coincidencias de accidentes mortales y de ominosos fenómenos naturales con la sucesión de los orgullosos monumentos de gloria que parecieron sustentar la superstición, el fatalismo y la negatividad del arzobispo-virrey. En todos estos aspectos de su carrera, es la sombra y no la sustancia la que prevalece; la forma, con su infinita profusión de figuras, parece borrar la realidad subyacente. Tales fueron los elementos de clima espiritual e intelectual en los centros de la civilización hispánica del Nuevo Mundo, aún mucho después de que el siglo xvii desapareció en las brumas del pasado.

Aquellos años en los que fray García sellaba el triunfo de la Contrarreforma en México y le daba su tono de época barroca, fueron, como se dijo antes, de creciente complejidad política en una Europa que se estaba transformando. Fue un momento de calma precaria entre las tormentosas décadas de guerra y desorden que laceraron al continente durante el siglo xvi y que pronto se reanudarían en el holocausto de la Guerra de los Treinta Años y en los subsiguientes choques del creciente nacionalismo. Comprendiendo el sentido de los desórdenes revolucionarios ya en marcha, las cancellerías europeas tuvieron la sensación de un desastre inminente. En 1609, los Países Bajos por fin pudieron obtener una tregua con España, que reconoció el éxito de la lucha de Holanda por su independencia; esta tregua permitió a los intereses holandeses alcanzar un puesto de consideración en los asuntos de Europa. Esta pequeña nación empezó entonces a amenazar las rutas del Caribe hacia el Imperio Español en América. En Inglaterra, la astuta reina Isabel acababa de morir y el primero de los Estuardo siguió una política de

*George*  
*Stu*

apaciguamiento ante la monarquía española, cuyo poder estaba menguando. Al otro lado del Canal de la Mancha, en Francia, el asesinato del absolutista Enrique IV en 1610 frustró el "Gran Designio" de una unificación federal de Europa, que replazaría la unidad medieval perdida. Una reacción feudal debilitó las tendencias centralizadoras, hasta que Richelieu y Mazarino organizaron el "moderno estado absoluto", destinado a hacer de Francia una gran potencia continental. La insegura amalgama de principados que componían el Sacro Imperio Romano de los Habsburgo se encogió hasta incluir sólo a los de Alemania; estos débiles estados se agruparon en una serie de alianzas que se llamaron Unión Protestante y Liga Católica. La devastadora Guerra de los Treinta Años pronto aseguraría la liquidación del concepto medieval de organización imperial, al que España se asía obstinadamente. En Italia, el Papa Paulo V, estimulado por las tesis del cardenal Bellarmino sobre la soberanía papal, sostenía vigorosamente la autoridad temporal del papado contra las violaciones a la jurisdicción eclesiástica cometidas por las repúblicas italianas. Muy al norte, en la región báltica apuntaba ya la preponderancia de Suecia bajo Gustavo Adolfo, y muy adentro de la Europa Oriental, casi imperceptiblemente, Rusia empezaba a salir de su "época de dificultades". En 1613 ascendía al trono el primer Romanov, un sobrino-nieto de Iván el Terrible.<sup>10</sup>

Exteriormente España era todavía un Imperio poderoso y espléndido a pesar de las sucesivas derrotas de la Armada, de la obcecada contienda con Francia y de la humillante tregua en los Países Bajos. Pero las constantes guerras intestinas, la emigración y el retiro a los claustros aniquilaron su potencial humano y desangraron a la nación. Económicamente estaba casi en bancarrota. El rey Felipe III, débil, indeciso y fanático, carecía del carácter

<sup>10</sup> Carl J. Friedrich, *The Age of the Baroque, 1610-1660* (New York, 1952), cap. V.

## Unidades geográficas de España

resuelto que tuvo su padre y gustosamente delegó su poder en el primero de una serie de favoritos irresponsables, que apresurarían la ruina del pueblo español. Las calidades marciales de los españoles ya no bastaban para apoyar una hegemonía imperial sobre Europa, que visiblemente pasaba del medievo a un orden político y social nuevo. Inflexiblemente colocados en el campo de la ortodoxia religiosa y de la tradición, los caudillos de España perdieron el dominio de los todavía enormes recursos del imperio y ni siquiera pudieron respaldar la política reaccionaria con la que estaban irrevocablemente comprometidos. Brooks Adams escribió después: "[Los españoles] jamás salieron del periodo imaginativo, nunca desarrollaron el tipo económico, y en consecuencia nunca se centralizaron administrativamente como se centralizaron los ingleses. Aún antes, al principio del siglo xvii, esta peculiaridad fue observada por el duque de Sully, quien comentó que si bien las piernas y los brazos de España son fuertes y poderosos, su corazón es extremadamente débil."<sup>11</sup>

Precisamente mientras fray García personificaba el inexpugnable poderío del sistema neo-medieval español ante los habitantes de la Nueva España y aseguraba el aislamiento de ese reino, una época de gran expansión europea amenazaba ya los territorios hispánicos en el hemisferio occidental. Holanda, Francia e Inglaterra hacían franco alarde de su desacato a la tesis española del *mare clausum*, según la cual ella reclamaba para sí todas las tierras occidentales bañadas por el Atlántico. Estos rivales del Imperio Español aseveraban osadamente el derecho opuesto: la posesión basada en la ocupación efectiva. Apoyándose de algunas islas de las Indias Occidentales y estableciendo puestos avanzados en la Guayana y en Brasil, los holandeses amenazaron con convertir el Caribe en un mar holandés. En tierra firme, hacia el norte, los holande-

<sup>11</sup> Brooks Adams, *Law of Civilization and Decay* (Nueva York, 1955), cap. X.

ses poblaron el Valle del Hudson y en 1614 fundaron Nueva Amsterdam, que más tarde se llamó Nueva York. Con el curso del tiempo se desplazaron hacia el sur e imprimieron su personalidad a la región que después sería Pennsylvania. Mientras tanto, despojaban a los portugueses de sus más ricas posesiones en las Indias Orientales. Aún más al norte de la tierra firme americana, Samuel de Champlain, quien se supone visitó la Vera Cruz a principios del siglo, reconocía la región del Valle del San Lorenzo, fortaleciendo así los cimientos de la Nueva Francia en las décadas siguientes. Los ingleses no estaban menos activos, pues, inmediatamente antes de la llegada de fray García a México, habían ya fundado una endeble colonia en Jamestown, a la que siguieron poco tiempo después otras en Nueva Inglaterra. De peligro más inmediato para la supremacía española fueron los puestos avanzados ganados por los ingleses en las Bermudas y en la zona del Caribe. La sociedad neo-medieval de la Nueva España no estaba sino vagamente consciente de estos peligros, los cuales, al avanzar el siglo xvii, se harían más potentes al aumentar la confusa ansiedad que rondaba a los habitantes del reino.

Éstas fueron, en pocas palabras, las circunstancias que el derroche y fausto de la época de fray García y los años siguientes trataron de ocultar a los súbditos de la corona española. Resuelto a sostener fija su mirada en lo pretérito, el mundo hispánico concertaba para sí una estabilidad illusoria en el seno de un universo en transformación. Durante un momento esta obstinación pareció tener éxito, pues tales fueron "los años sofocantes del precario poder"<sup>12</sup> en Europa, que ofrecían un corto intervalo de equilibrio, antes de que las fuerzas acumuladas precipitaran el desplome de los pueblos obsinados en mantener lo antiguo. Mientras la derrota inevitable iba lentamente haciendo es-

<sup>12</sup> Friedrich, *loc. cit.*

fumarse su sueño de unidad neo-medieval, el resplandor brillante de las artes y las letras barrocas creadas por el genio asombrosamente fecundo de la nación, cegaba a la realidad la Corte de Madrid. Y más largamente, aunque con menos brillo, la ciudad de México y otras cortes virreinales del Nuevo Mundo conservarían esta ilusión que enajenaba a la Madre Patria; esto por la tutela, por el precariamente forzado aislamiento y por las ricas minas de plata que apuntalaban su economía. El frustrado dinamismo, tanto de la Vieja como de la Nueva España, halló su más duradera expresión de vida y pensamiento en el complicado y profuso diseño barroco.

### III. UNA SOCIEDAD BARROCA

FUERON los habitantes de la Nueva España los que ofrecieron la expresión más vital de la complejidad barroca de su tiempo y su espacio. Desde el mismo principio de la dominación española se desarrolló una sociedad estratificada, cuyas raíces étnicas se extendían hasta Asia por los indios, hasta África por los negros, y hasta Europa por los españoles. La convivencia de estos elementos tan desiguales y la fusión inevitable que resultó, pronto produjeron un extraño conglomerado étnico de diversidad casi caledoscópica. Dentro de este cuerpo de miembros tan desiguales surgió un complejo sistema de tensiones entre hombres, colores, clases y razas que en "... toda esta movilidad, hirviendo dentro de un mundo que fue guardado tristemente en paz y a salvo de las guerras europeas, todo contribuyera a hacer del alma de las Indias algo extraño y peregrino, casi único en los anales del espíritu humano".<sup>1</sup>

Si la profusión de detalles y de jerarquías cuenta entre las características de lo barroco, mayor influencia tuvo en la composición étnica de las comunidades neomedievales del Nuevo Mundo. En el transcurso del siglo xvii, la civilización hispánica se fue enraizando tan profundamente en el suelo de Hispanoamérica, que sus huellas son evidentes tres siglos después. Esta constelación de clases y castas habría de ser cada día más intrincada, en tanto que se incrementaba el prolífico mestizaje. Y fue la misma fluidez de este proceso étnico la que creó una especie humana enteramente nueva, lo cual ayudaría a afianzar la estabilidad del orden neomedieval. La multiplicidad de tipos ra-

<sup>1</sup> Salvador de Madariaga, *The Fall of the Spanish American Empire* (Londres, 1947), pp. 3-4.



ciales que surgieron de este crisol barroco expresa sociológicamente el axioma político "divide y gobierna" al que España se mantuvo fiel. Al promover con diligencia una forma de "pigmentocracia", en que las diferencias de casta se basaron en gran parte, en la proporción de sangre blanca que corría por las venas del individuo, quedó poca posibilidad de una cohesión suficiente entre las masas explotadas para que éstas se vieran tentadas a desafiar la hegemonía de la minoría blanca privilegiada. Pero cabe aquí un examen más minucioso de los componentes de esta sociedad barroca.

Los ingredientes raciales básicos, como ya se dijo, fueron americanos, africanos y europeos, con las mezclas resultantes. Entre estos grupos las diferencias sociales y psicológicas se condensaron en antagonismos mutuos, aunque aquí el prejuicio se basó en las diferencias de pigmentación menos que en las colonias inglesas y francesas. Sin embargo, la sangre tuvo cierta preponderancia en la determinación de la posición en el seno de la jerarquía hispanoamericana; pero las antipatías se originaron, sobre todo, por la discriminación de que eran objeto las personas de color que, de vez en vez, sobresalían. Aunque el indio fue el elemento original y numéricamente mayor en este cosmos del Nuevo Mundo, su humilde posición dentro del organismo social sugiere un enfoque invertido a la cuestión, considerando primero a la minoría blanca dominante.

Demasiadas veces el término "español" supone una identidad colectiva, o un tipo nacional más o menos preciso. Generalmente se piensa que todos los individuos así designados tienen, por lo regular, aspecto, psicología y lenguaje comunes que les otorgan un tipo nacional privativo. Si una simplificación tal es siempre arriesgada, resulta particularmente peligroso aplicarla a las gentes sumamente individualistas de la península ibérica, y en especial cuando esa misma nacionalidad estaba todavía en gestación. Moldeada en compartimentos más o menos aislados por su topografía

irregular y formada por circunstancias históricas peculiares, España se ha caracterizado por mucho tiempo por un regionalismo muy pronunciado que da a sus habitantes relevantes contrastes de temperamento, aspecto y lenguaje. El alegre andaluz del sur, el austero castellano del norte central, el laborioso gallego del noroeste, el emprendedor catalán asentado en la parte oriental de la península, el extraño e industrial vasco del nordeste son, todos, españoles, todos tienen psicología y habla tan distintas que con ellos podrían formarse distintos pueblos y naciones. Esta profusión étnica, casi barroca entre los peninsulares, ha desempeñado un importante papel en la demora de la unificación de España, aún en la actualidad.

Por la celebridad de Cortés, Alvarado, Pizarro y otros conquistadores, aunada a cierta semejanza que hay entre el castellano que se habla en América y el de Andalucía, mucho tiempo se creyó que la afluencia de los conquistadores y de los primeros inmigrantes provino casi exclusivamente del sur de España. Esta teoría ya no es sostenible, particularmente cuando se la aplica al siglo XVII barroco. Probablemente todos los hombres que acompañaron a Colón en sus dos primeros viajes eran andaluces; pero ya en 1506 resultaba evidente que, al menos en lo que respecta a la cuestión política, los aragoneses predominaban en la Hispaniola, o sea el actual Santo Domingo. Las primeras crónicas y listas de pasajeros indican que el 42 por ciento de la emigración procedía de la región meridional de la península. Un porcentaje casi igual llegó de Castilla y del resto de otras partes de España colindantes con estas provincias centrales, incluyendo Portugal, las Islas Canarias y las Baleares.<sup>2</sup> Esta primera preponderancia de castellanos y andaluces se explica por el monopolio que desde el

<sup>2</sup> Cf. Pedro Henríquez Ureña, "Observaciones sobre el español en América", *Revista de Filología Española*, 18 (Madrid, 1931), pp. 122 y ss.

Narváez → vizcaíno  
Cortés → castellano

principio ejerció Castilla en los asuntos de Indias. Fue lamentable, acaso, esa política tendiente a restringir la migración de los vascos, gallegos y catalanes, cuya frugalidad e industriosidad los dotaban admirablemente para la tarea de desarrollar económicamente las nuevas colonias. Pero mucho antes del siglo XVII estas restricciones estaban tan relajadas que la inmigración al Nuevo Mundo representó una miscelánea de las diversas regiones peninsulares.

Tan fuertes eran las ligas lingüísticas y las afinidades provinciales de aquellos hombres, que el regionalismo del país materno se continuó en el Nuevo Mundo, pues los oriundos de la misma región solían congregarse en las mismas localidades y en los mismos barrios o distritos de los pueblos y ciudades mayores. En los nuevos ambientes las envidias y los antagonismos adquirieron vitalidad renovada, y a veces estallaban en riñas abiertas o encuentros violentos en que corría la sangre.<sup>3</sup> Estas enemistades eran evidentes aun durante la fase militar de la conquista. Cuando al afligido monarca azteca, Moctezuma, cautivo de Cortés, se le avisó que otros españoles bajo el mando de Narváez, habían llegado para encarcelar a su apresador, quedó, sin duda, confundido por la explicación que le ofrecieron. "...Nosotros somos de dentro de Castilla la Vieja, y nos dicen castellanos, y aquel capitán [Nerváez] que está en Cempola, y la gente que trae, es de otra provincia, que llaman Vizcaya y se llaman vizcaínos, que hablan como los otomíes, cerca de México..."<sup>4</sup> Esta última frase claramente implica que el vascuence, lengua hablada por los soldados de Narváez, era tan extraña para ellos como la lengua indígena mencionada lo era para Moctezuma. Estas enconadas antipatías motivadas en el regionalismo español causaron muchas disensiones y separación entre los blancos dominantes

durante toda la época colonial, incluso en las comunidades religiosas donde los particularismos del país de origen eran muchas veces más poderosos que los votos de fraternidad cristiana.

La frecuente ausencia de cordialidad entre los españoles de origen provincial distinto fue solamente uno de los desacuerdos que afligieron las relaciones entre las clases gobernantes. Pero aún más vehementemente y extendida fue la hostilidad que se originaba en las diferencias de rango oficial y nivel social. Los más altos puestos administrativos y judiciales se reservaban para los favoritos del rey en Madrid, y muchos de los puestos menos importantes de la hinchada burocracia colonial eran otorgados por nombramiento a los nacidos en la península, o bien, al empeorar los asuntos financieros de los Habsburgo, se vendían sin considerar el mérito del beneficiario. Cada virrey solía llegar con nutrido séquito de criados, parientes, amigos y protegidos, a quienes se procuraban beneficios o se facilitaba la adquisición de propiedades escogidas. La atracción de un título, o el prestigio resultante del solo hecho de haber nacido en Europa, hizo posible que muchos españoles en circunstancias de penuria, celebraran nupcias con hijas de familias acaudaladas, las que gustosamente otorgaban dotes fabulosas. Pero no todos los recién llegados tuvieron buena fortuna; los malogrados en la realización de sus ilusiones eran singularmente incapaces de admirar a los de mejor suerte. Aún más enconado fue el crecimiento de los llamados criollos, que eran descendientes, nacidos en América, de los conquistadores y primeros colonizadores españoles. Con ira y envidia veían cómo los frutos de la sangre, del sudor y de las espadas de sus antepasados eran consumidos por petulantes advenedizos que alcanzaban el poder. La filosofía del rápido enriquecimiento de esta clase alta parásita envenenó las relaciones de los blancos dominantes con la minoría, comparativamente reducida de eu-

diferencias entre españoles

<sup>3</sup> Madariaga, *op. cit.* cap. X, *passim*.

<sup>4</sup> Bernal Díaz del Castillo, *La verdadera historia de la conquista de México* (México, 1960), p. 205.

ropeos nacidos en América que ardan con apasionados sentimientos de hostilidad y menosprecio.

Las vanas guerras de la España de los Habsburgo por contener la ola de heterodoxia en Europa fueron destruyendo su solvencia y despoblando sus campos. Este drenaje humano no lo motivaron solamente los ejércitos, sino también la emigración de los más fuertes de las clases más humildes, quienes, especialmente en el siglo xvii, se dispersaron por las Indias. Estos campesinos y artesanos con frecuencia empezaban a ganarse la vida en el nuevo ambiente como vendedores ambulantes y comerciantes en pequeño. A fuerza de trabajo y frugalidad a menudo acumularon una pequeña fortuna en periodo relativamente corto y aunque muchos eran casi analfabetos y no poseían ningún refinamiento social, su ahorro y tenacidad, añadidos a su origen europeo, les dieron cierto lustre a los ojos de las mujeres españolas nacidas en América, las que con frecuencia encontraban a los hombres de su clase demasiado velleidosos e irresponsables. Alguna vez, cuando uno de estos varones advenedizos se aprovechaba de estas preferencias, realizaba entonces una unión matrimonial que atrala sobre él y sobre toda su prole la ira de parientes con pretensiones aristocráticas aunque, acaso, de sangre blanca menos pura. Cuando acontecían estos enlaces de hijas de familias dignas, pero en circunstancias limitadas, con prósperos pero humildes inmigrantes de España, la reacción usual era la aparición de antipatías rencorosas que volvían a los hijos contra los padres y a los primos entre sí.

Si los españoles de la Península muchas veces adquirieron provecho social mediante el favoritismo y el nepotismo y los representantes más humildes de la raza dominante solían prosperar por su diligencia en aprovechar las mejores oportunidades del Nuevo Mundo, hubo muchos individuos que no tuvieron tanta fortuna. Estos, que a sí mismos se decían hidalgos, pero que no lograron ni riqueza ni beneficios de los poderosos, estaban poco dispuestos a

remediar las cosas ocupándose en tareas útiles. Su desprecio a empleos y trabajos manuales pronto los reducía a la vagancia y el pillaje: "carteristas" y cosas por el estilo en las calles y plazas de pueblos y ciudades, fueron los pícaros del Nuevo Mundo, contemporáneos a los famosos de la literatura española. Estos españoles descastados erraban por los parajes despojando a los abatidos indios y a los elementos de sangre mestiza, y era su costumbre reparar en algún pedazo de tierra: particularmente descabale para finca, rancho o molino en manos de una comunidad indígena, y denunciar su existencia a un oficial influyente o miembro del séquito del virrey. Muchos desventurados indígenas fueron destituidos de su propiedad mediante venta forzada en una suma irrisoria, mientras los bribones españoles recibían una comisión apetecible por sus dudosos servicios.<sup>5</sup>

En algunas ocasiones, en las ciudades, estos infames blancos se hicieron cabecillas en los oscuros bajos fondos constituidos por depravados criminales de media-casta, indios y negros. También otros españoles abandonados de la fortuna fueron como parias, y más tarde se les llamó "náufragos". A ambos tipos se les decía *zaramillos* en el siglo xvii, y un escritor mexicano contemporáneo los describe como "bribones, pillos, rajabolsas [los que] al disociarse de su fidelidad [blanca] son lo peor de toda esta canalla vil".<sup>6</sup> Los parroquianos de los garitos y de las *pulquerías* del barrio estaban siempre dispuestos a incitar a los miserables indios, negros y mestizos a motines y tumultos, y se aprovechaban de esos desórdenes para saquear y pillar las tiendas y casas de sus compatriotas.

<sup>5</sup> Alberto M. Carreño (ed.), *Gonzalo Gómez de Cervantes. La vida económica y social de Nueva España al finalizar el siglo xvi* (México, 1944), p. 124.

<sup>6</sup> Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, A Mexican Savant of the Seventeenth Century* (Berkeley, 1929) página 240.

*gachupines → criollos*

La más profunda y duradera escisión de las clases dominantes blancas se produjo sin duda entre los nacidos en España y los nacidos en América de padres españoles. Éstos, los criollos, aparecieron en la escena del Nuevo Mundo cuando los conquistadores del siglo XVI no hablaban terminado aún su tarea, y en sólo una generación constituyeron ya un tipo bien definido, agudamente sensible y siempre afligido por sentimientos de inferioridad. Aunque a menudo se afirma que los primeros conquistadores, habiendo dejado a sus esposas en sus casas de España, muy pronto se unieron con mujeres de los indios conquistados y produjeron una raza híbrida, es patente que hubo representantes blancas del sexo femenino en los días tormentosos de la conquista y entre los primeros pobladores europeos. De esta manera, muy temprano, una generación de españoles nacidos en América salió al escenario para recibir, con el debido transcurso del tiempo, la designación, originalmente poco halagüeña, por la que se la conoce.

Los sentimientos reprimidos de esta clase, frecuentemente exacerbados por la condescendencia paternalista de los peninsulares, siguieron siendo una de las tensiones barrocas más profundamente arraigadas de la sociedad colonial, y resultó, por fin, en el desmembramiento del Imperio Español. Los odiados *gachupines*, como se apodó a los españoles europeos, deliberadamente excluan a los criollos de los puestos más altos y mejor remunerados del gobierno virreinal y de la Iglesia, y sólo podían desempeñar un papel subordinado en su propia administración. Esta discriminación fue, en parte, política calculada de la corona española que tenía las tendencias separatistas de sus reinos de ultramar; y fue, también en parte, fruto de la necesidad de contentar a los importunos buscadores de beneficios que pululaban en derredor de la corte madrileña. Se desvirtuaba el sentimiento de esta injusticia aceptando la creencia popular de que el clima y el ambiente del Nuevo Mundo eran enervantes para los hijos de los europeos

allí nacidos. Estos vástagos, se imaginaba en la Metrópoli, maduraban en pocos años con un género de "madurez po-drada" y pronto decaían física y mentalmente quedando, por supuesto, descalificados para el desempeño de las pesadas responsabilidades de un alto puesto. De hecho, fueron muy pocos los blancos nacidos en América que recibieron cargo de virrey, arzobispo o juez de los tribunales superiores, durante los tres siglos coloniales.

Esta situación era, naturalmente, irritante para los criollos, por cuyas venas corría sangre no diluida de orgullosos hidalgos y, con frecuencia, de primeros conquistadores y colonizadores. Esta inferioridad que les imputaban los llevaba de odio hacia los *gachupines*, pero debían ocultarlo. Habiéndoseles negado un cauce para su talento y energías en su propia tierra, y dotados de un feroz orgullo que los llevaba a considerar los oficios y las artesanías inferiores a su dignidad de caballeros, calan también sin vacilar en la indolencia y en el vicio. Frecuentemente algunos miembros de la aristocracia terrateniente preferían vivir ausentes de sus propiedades en las ciudades y pueblos grandes, donde su vanidad era sólo igualada por su enorme ignorancia. Otros criollos que carecían de tierras trataron de aparentar las elegancias y la arrogancia de los acaudalados. Thomas Gage describe a uno de estos sujetos que, según dice, vio en Chiapas, provincia del sur de México; pero se podría suponer que originalmente se inspiró en el patéticamente vanidoso escudero retratado en la famosa novela picaresca española *El Lazarillo de Tormes*.

"Y así, querido lector, por el ingenio y habilidad de este don Melchor, quisiera que juzgaras de los caballeros criollos, o naturales de Chiapas; los que de todos modos, son tan presumidos y tan arrogantes como si la sangre más noble de la Corte de Madrid corriera por sus venas. Es cosa común entre ellos comer solamente un plato de frijoles en caldo negro, hervido con chiles y ajo, diciendo que es el manjar más nutritivo de todas las Indias; y des-

pues de esta tan opipara comida, seguramente saldrán a la puerta de la calle para ver y ser vistos y allí durante media hora estarán sacudiendo las migajas de pan de su ropa, fajas y especialmente de sus golillas (cuando las llevan) y de sus bigotes. Y con su mondadientes se quedan parados picando sus dientes, como si algún huescillo de perdiz se hubiera adherido a ellos; aún más, si pasara un amigo en ese momento, con toda seguridad encontrarán alguna mijaga en el bigote... y seguramente mentirán para decir: *Ah Señor qué linda perdiz he comido hoy*, aunque no saquen nada de entre los dientes sino un ho- llejo seco de *frijol*.<sup>7</sup>

Accesibles a los criollos eran las profesiones de derecho, medicina y teología, pero la mayoría de ellos eran temporalmente inadecuados para un esfuerzo intelectual sostenido y su vasto ocio rara vez produjo algo más que cierto diletantismo y una corriente desenfrenada de ver- sos rimbombantes. El neoescolasticismo de la época barroca estimuló la erudición superficial y el verbalismo huero con los cuales algunos criollos buscaron una superioridad compensatoria. Pero pocos se libraron de una conciencia de frustración que iba ahondándose y de una ulc- rante antipatía hacia sus semejantes de cualquier raza o color.

Otro sector de esta sociedad neomedieval, predominan- temente blanca, aun cuando incluía mestizos e indios, era el clero. Desde la conquista del siglo XVI este elemento eclesiástico había aumentado rápidamente en número e influencia a medida que la Iglesia ganaba riquezas y poder. La presencia constante de un gran número de natura- les paganos y cristianizados a medias parecía justificar el

<sup>7</sup> A. P. Newton (ed.), *Thomas Gage. The English American. A New Survey of the West Indies, 1648* (Londres y Guatemala, 1946). Una edición posterior es: *Thomas Gage's Travels in the New World*, editada por Eric S. Thompson (Norman: Univ. de Oklahoma Press, 1958).

creciente grupo de clérigos que a mediados del siglo XVII constituían ya una fracción considerable de la población total. Las fuerzas de la Iglesia se dividían entre los sacer- dotes seculares encargados de administrar los sacramentos y de evitar el retorno de los naturales al paganismo, y las órdenes religiosas como la de los franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas y otros, cuyas tareas eran principalmente las de educar y hacer prosélitos entre los indígenas. Al ex- tinguirse el fervor de la cruzada conquistadora y al esta- blecerse condiciones de vida menos épicas, las disputas ju- risdictionales y las diferencias doctrinales tomaron el lu- gar de su entusiasmo primero entre estos eclesiásticos. La adquisición de tierras y la existencia de tan rica fuente de material humano de trabajo constituido por los dó- ciles neófitos indígenas aumentó rápidamente las riquezas de la Iglesia. Los conventos y monasterios pronto se ex- tendieron por todo el país, en particular en las zonas más populosas. Estas instituciones desviaron a hombres y mu- jeres jóvenes de ocupaciones más productivas y atrañeron una corriente constante de clérigos de España que solían ocupar los niveles más altos de la jerarquía eclesiástica. El número de sacerdotes, frailes y monjas era despropor- cionado para las necesidades de la colectividad del Nuevo Mundo, y constituyó además una seria carga económica. Inevitablemente, esta carga recayó con mayor fuerza sobre la explotada población indígena.

Cuando el arzobispo-virey, fray García Guerra, gober- naba, se decía que los franciscanos sostenían ciento seten- ta y dos conventos y casas religiosas, los agustinos noventa y los dominicos sesenta y nueve, a las cuales habría que añadir las pertenecientes a otras órdenes. En 1611 el exce- sivo número de fundaciones de esta índole movió al papa Paulo V a promulgar una bula suprimiendo todos los con- ventos no habitados por lo menos por ocho frailes; sin em- bargo, se hizo poco caso a esta disposición papal. Muchas de estas instituciones acumularon grandes riquezas en tie-

rras y otros bienes que les facilitaron empresas lucrativas con grandes utilidades de carácter capitalista. Fue esta riqueza la que hizo posible la magnificencia barroca de tantos edificios eclesiásticos y la vida lujosa de tantos religiosos, cuyo número iba en aumento. Estas circunstancias inevitablemente llevaron consigo el relajamiento de los ideales de las reglas y de la ética religiosa, tan notorias durante la época barroca y aún después.

Acaso sea inseguro acudir otra vez a los escritos del apóstata Thomas Gage para hacer evidentes las condiciones mexicanas del siglo xvii, particularmente en lo que se refiere a los clérigos; pero sin duda su "New Survey of the West Indies" (*Nuevo Panorama de las Indias Occidentales*) contiene mucha verdad. Al relatar su viaje hacia el interior desde Vera Cruz, hacia el año de 1625, confiesa el asombro que le causó ver cómo jugaban, bebían y profanaban los mendicantes del convento franciscano de Jalapa, en donde fue huésped ocasional. Le horrorizó, sobre todo, la hipocresía de un fraile que jugaba a los naipes con sus hermanos profesores. "Aunque ya había tocado dinero antes," escribía Gage escandalizado, "y con sus dedos lo habla puesto sobre la mesa para apostar, de todos modos, a las veces, para hacer reír a la compañía, si le aconteca ganar un doblete... entonces tomaba la orilla de una manga de su hábito y abría a todo lo ancho la otra, diciendo: he hecho votos de no tocar dinero, ni guardarlo... pero mi manga puede tocarlo, y puede guardarlo." <sup>8</sup>

La época barroca fue testigo de abundante actividad misionera en las fronteras de la Nueva España, del establecimiento de escuelas y también de otras muchas realidades que testifican ahora el celo evangélico del clero. Desgraciadamente estas aportaciones positivas estuvieron más que compensadas por la laxitud moral y el parasitismo que afligían a muchos establecimientos religiosos. En toda la Amé-

<sup>8</sup> Newton, *op. cit.*, p. 42.

rica Española, así como en la misma España, las reglas de muchas órdenes religiosas se relajaron tanto que numerosos miembros del clero vivían extramuros del convento manteniendo familias ilícitas en casas particulares.<sup>9</sup> Los conventos de mujeres ofrecían cómodo refugio a gran número de hijas incasables que podían pasar su vida en hermosos claustros rodeadas de regalo y servidas por criadas propias o esclavas. Esta ociosidad no siempre condujo al decoro apetecido y el encierro permanente hizo a veces que brotaran abiertamente las antipatías. Las fricciones entre los huéspedes oriundos de distintas provincias de España, entre peninsulares y criollos, y entre individuos de diferentes clases sociales a menudo generaron el calor suficiente para causar incidentes indecorosos. Las querellas acerca de la elección de guardianes y superiores solían tomar proporciones tan violentas que las autoridades estatales se vieron en la necesidad de intervenir. Particularmente molestas para los virreyes y sus edecanes fueron las rivalidades de las órdenes religiosas, las cuales, con muy poca de la piedad y contemplación de la otra vida que sugieren los votos, se disputaban el poder y la influencia en los asuntos de las universidades y aun en los de instituciones de índole más mundana.

Otros elementos humanos más entraron en la mixtura blanca, aumentando sus complejidades. Existe la tendencia a suponer que la política restrictiva de la corona española limitaba la emigración hacia las colonias a nacionales calificados, excluyendo a los otros europeos. Los registros de las licencias proporcionadas a los pasajeros que embarcaron para las Indias revelan claramente la presencia de italianos, flamencos, alemanes, austriacos, griegos, irlandeses y aun holandeses e ingleses en las travesías atlánticas de barcos mercantes y galeones. Al declinar el Imperio español,

<sup>9</sup> Jorge Juan y Antonio de Ulloa. *Noticias secretas de América* (Madrid, 1918). Parte II, cap. viii.

haciendo a sus posesiones de ultramar más vulnerables a los ataques de la piratería, los ministros del rey, para modernizar las fortificaciones y mejorar la minería y otras industrias, autorizaron el envío de artesanos adiestrados, metalúrgicos, ingenieros y otros técnicos, la mayoría de los cuales no eran españoles. Así, italianos, flamencos, franceses y algunos otros, en muchos casos con más celo y vocación para el martirio en las misiones fronterizas que el clero español o criollo, recibieron subvenciones con ese propósito y fueron trasladados a América. La política restrictiva de España respecto a la migración se originó en un prejuicio religioso y no antiextranjero. El requisito básico para el traslado era, para los europeos no españoles, que fueran católicos ortodoxos.

Si el número de extranjeros autorizados a establecerse en el Nuevo Mundo fue nutrido, los que entraron sin permiso de ninguna clase fueron probablemente más numerosos. Los puertos marítimos como Vera Cruz, invariablemente albergaron súbditos de otras naciones que se habían fugado de sus embarcaciones, o que habían sido furtivamente dejados por barcos de paso. Aunque los capitanes españoles tenían severamente prohibido llevar a bordo ningún tripulante o pasajero sin licencia y los oficiales portehos estaban prevenidos de no permitir desembarcos ilegales, muchas personas y cosas indeseables, como libros profanos, lograron burlar estas barreras y pasar al interior de los virreynatos. Algunas veces la red de la Inquisición, con su mentalidad policiaca, los detenía, pero muchos permancieron inadvertidos entre la población heterogénea. Los que eran sorprendidos en los puertos, a veces, se enrolaban en las tripulaciones de las flotas que regresasaban o en las armadas exploradoras.

Esos sujetos fueron siempre de origen europeo. Hubo entre el puerto occidental de Acapulco y Manila, en las Islas Filipinas, un servicio de carga y pasajeros que funcionó durante casi dos siglos y medio. El curso tormentoso

de los galeones anuales que surcaban el vasto Pacífico, inyectó una gota de sangre asiática en el complejo étnico de la sociedad barroca del México Colonial. Estas embarcaciones toscas, los barcos más grandes de su tiempo, fueron tripuladas también por filipinos, malayos y chinos que, si sobrevivían al arduo viaje de seis meses o más, se establecían en algún punto de la costa o derivaban hacia el interior, para confundirse entre los variados habitantes. Algunos llevaron consigo oficios y técnicas útiles para la economía. Al comentar el exquisito trabajo de los orfebres, Thomas Gage dice que "Los indios, y la gente china que han sido cristianizados y cada año llegan aquí, han supurado a los españoles en ese oficio".<sup>10</sup>

En el extremo opuesto del espectro étnico estuvieron los negros que desde la conquista tomaron parte activa en la sujeción militar y económica de la tierra. Desde el principio los españoles se entusiasmaron por lograr riqueza con un mínimo esfuerzo y, como los naturales de las Indias Occidentales resultaron insuficientes para el trabajo, se introdujo la esclavitud africana casi inmediatamente. Hacia el año 1441, los portugueses iniciaron este comercio de seres humanos durante sus exploraciones a lo largo del Continente Negro; pero entonces pareció poco probable que llegaran a operar en grande escala. Con el descubrimiento de América y la oportunidad que ofrecía su suelo fértil para satisfacer el nuevo apetito de Europa por el cultivo de la caña de azúcar, pronto se colocó en un sitio de importancia la mano de obra de los negros. Aún antes de morir el descubridor del Nuevo Mundo, el gobernador español de la Hispaniola suplicó que no se embarcaran más africanos, porque muchos escapaban a las montañas y se juntaban allí con los indios.<sup>11</sup> Así, casi coincidiendo con

<sup>10</sup> Newton, *op. cit.* p. 84.

<sup>11</sup> José Antonio Saco, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo* (Barcelona, 1879), p. 62. Nueva edición (La Habana, 1932), 2 vols.

el advenimiento de los hombres negros a las colonias, surgió una amenaza que perduró hasta la emancipación definitiva. Estos esclavos prófugos, llamados *cimarrones*, que volvían a sus costumbres tribales, formaban bandas en los despoblados y pillaban el comercio de los blancos.

La gran mortandad de trabajadores en las minas y en las plantaciones hizo que el gobernador protestara, aunque inútilmente; ya por el año 1510 este tráfico había crecido. Ocho años más tarde la corona de España permitió el embarque de 4 mil negros destinados al área del Caribe, y hacia 1540 se importaban anualmente unos 10 mil a tierra firme. A principios del siglo xviii el total anual posiblemente llegaría a 75 mil.<sup>12</sup> En 1522 ocurrió la primera insurrección negra de la historia, cuando veinte negros pertenecientes a Diego Colón, hijo del descubridor, se sublevaron, matando a varios de los españoles de la Hispaniola.<sup>13</sup> Pero, casi al mismo tiempo, algunos esclavos cargadores acompañaban a los españoles en la conquista de México y el Perú. En abril de 1533, el rey de España tuvo noticia de que, en el curso de cinco meses, habían pasado por Panamá, en ruta al antiguo Imperio de los Incas, seiscientos blancos y cuatrocientos esclavos negros; y el inquisidor Cortés, Alvarado, también encabezó un ejército hasta Quito, en lo que hoy es Ecuador, que incluyó doscientos servidores negros.<sup>14</sup> Cuando se desarrollaban centros de riqueza y lujo en México y en otras partes, los africanos llegaron a ser servidores domésticos e iban aprendiendo las artes y los oficios. Más emprendedores que los fatalistas indios, los negros practicaron ingeniosos métodos para molestar a las clases dominantes en las ciudades y pueblos grandes donde habitaban en número bastante, para causar profunda ansiedad entre sus amos blancos. Pero

<sup>12</sup> Hubert Herring, *A History of Latin America* (Nueva York, 1955), p. 101.

<sup>13</sup> Saco, *op. cit.*, p. 130.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 164.

su aportación económica fue grande y su trabajo suministró la base de muchas de las fortunas de sus amos. El trabajo de los negros para la organización y el caudillismo algunas veces le daba a uno de ellos relativa preeminencia, mientras que, en general, sus dotes artísticas, enriquecieron la música, la danza, el folklore todo, y la escultura y la talla en madera.

Como los blancos, los negros también ofrecían variaciones en el registro humano de la sociedad barroca. Lo mismo que los europeos cuyos cutis oscilan entre la blancura de alabastro en ciertas mujeres españolas y el moreno oscuro de los sureños peninsulares, así el de los africanos, desde el negro azabache, hasta las tonalidades más ligeras del *café con leche*. El comercio en esclavos se extendió desde los ríos de Senegal y de Gambia en la costa occidental de África hacia el oriente y el sur, hasta Angola. Los traficantes tomaron cautivos a miembros de las tribus Ashanti, Fanti, Minas, dahomeyanos de la Costa de Oro, y a Yorubas de Nigeria. Estos negros se diferenciaban entonces tanto entre sí por su temperamento, habilidad, lenguaje y pigmentación como los blancos, y entre ellos existió un vago sistema de castas, de pautas indefinidas.

El tercer grupo racial, el de los indios, fue, por supuesto, de importancia sociológica fundamental. A pesar de las repetidas epidemias y de la ruda explotación que, en la primera parte del siglo xvii, redujo severamente la población de naturales, éstos fueron mucho más numerosos que los europeos. Mientras que la estructura social de las civilizaciones notablemente avanzadas que encontraron los españoles fue en gran parte aniquilada bajo el peso de la conquista, los representantes de la nobleza indígena sobrevivieron algunos derechos feudales y gozaron de cierta eminencia. En las partes más densamente pobladas del sur, muchos miembros de la raza conquistada fueron prósperos mercaderes. En esta región, según la noticia de Thomas Gage: "... Indios viven allí que comercian con México y



con unas veinte o treinta mulas propias, andan contratando y cambiando, comprando y vendiendo mercaderías, y se cree que algunos de ellos tienen diez, doce o quince mil ducados, lo cual es mucho para un indio entre españoles. . . .” También describe a un indio rico del estado de Chiapas con el título de Don, una magnífica cuadra, vida tan ostentosa que parecía español, y que además era el regidor de un pueblo.<sup>15</sup> Pero la suerte de la mayoría de los indios fue, evidentemente, mucho menos afortunada. Su condición de pueblo subyugado tendía a desdibujar sus diferencias individuales en una masa sin rostro y a reducirlos al peonaje colectivo. Su indole sedentaria incluía cierta pasividad y fatalismo que facilitaron el control español, perpetuando una relación feudal entre conquistadores y conquistados; pero estas características permitieron a los indios conservar mucha de su idiosincrasia la que sutilmente influyó en la cultura que les fue impuesta. Su instinto artístico enriqueció las complejas formas de la expresión barroca al teñirla suavemente con cierto genio diferente del de las manifestaciones contemporáneas en España. Posiblemente, esto explicaría la mayor duración de este intrincado estilo en México y, en general, en toda la América española.

En las fronteras más alejadas de la población española erraban tribus guerreras, nómadas, poco dispuestas a abandonar su forma de vida, libre y primitiva. Frustrados sus esfuerzos para vencer a estos naturales mediante una conquista rápida y dramática, los españoles quedaron obligados a la guerra de guerrillas esporádicas con estos escurridizos enemigos. La resistencia fue especialmente desconcertante, pues excluyó a los blancos de regiones en las que, no obstante su inhóspita aridez, todavía podrían realizar sus sueños de ricas minas y repentina fortuna. Sin embargo, frailes valientes, con motivos menos mundanos, penetraron en esos alejados y hostiles páramos para establecer

<sup>15</sup> Newton, *op. cit.*, pp. 119, 164-65.

misiones y reducir a las feroces tribus a cristiana forma de vida. El siglo xvii contempló heroicos esfuerzos de esta índole en el norte y occidente, en Nuevo México, Arizona, Baja California, Sinaloa y Sonora, pero el éxito fue limitado, y aun el de las misiones más antiguas fue precario. Donde la pauta étnica de la sociedad colonial adquirió su complejidad más barroca fue entre los componentes de sangre mezclada. La cruz de las razas blanca, india y negra pronto produjo un conglomerado humano que incluyó especímenes enteramente nuevos de *homo sapiens*. Esta promiscuidad coincidió con la conquista misma en las mezclas básicas de europeo con indio, europeo con negro, e indio con negro. Cuando por fin la consolidación de la civilización española dio a los centros urbanos de la Nueva España un carácter distinto —y esto era cosa patente ya a fines del siglo xvi— la progresiva combinación de los diversos elementos había creado un verdadero caleidoscopio de tintes, temperamentos y castas. Con el curso del tiempo, la pauta de especies viejas y nuevas llegó a ser casi laberíntica, y desafiaba todo análisis, formando un compuestro único de tipos, pigmentos y psicologías humanas.

Las leyes generalmente sabias que promulgó la corona española tomaron en cuenta esta amalgama racial y reconocieron como prototipos a los mestizos, hijos del ayuntamiento de la raza blanca con la india; a los mulatos, y los *zambagos* o *zambos*, como fueron llamados los productos de las uniones entre indios y negros. Por supuesto, esas no fueron sino combinaciones rudimentarias, pero los legisladores encontraron que las mezclas subsiguientes presentaban un desconcertante problema de clasificación. Las sucesivas generaciones de cruzamientos crearon un confuso dedalo de difícil nomenclatura para la identificación de las variaciones. Literalmente veintenas de nominaciones fueron inventadas o aplicadas a las diferentes gradaciones de color y sangre, cuyas variedades agotaron los recursos del lenguaje. La mayoría de los nombres se basó en las to-

nalidades de la tez, pero otros rasgos anatómicos, como la forma de la nariz, lo grueso o fino de los labios, la estructura corporal y otras cosas como éstas, suministraron también inspiración.<sup>16</sup> Puesto que estos nombres, en su mayor parte, fueron dados por las castas blancas dominantes, tendieron al humorismo o francamente al insulto. La prole de un mestizo se llamaba *tente en el aire*, pues no indicaba ningún avance hacia ascendencia blanca ni ninguna regresión; según se consideraba, hacia la sangre india. Si una mujer mestiza se casaba con un indio, los hijos podrían ser *salta-patrás* porque la tendencia era hacia el menos estimado progenitor indígena.

En las más complejas fluctuaciones de tales adelantos y retrocesos de la población cruzada y especialmente en las mezclas en que eran dominantes la sangre india y la negra, los nombres llevaban connotaciones de desprecio, mofa y escarnio. *No teniendo*, por ejemplo, fueron los hijos de un *tente en el aire* con una mujer mulata, mientras que un *ahí testás* era el hijo de madre mestiza y padre coyote, quien a su vez era el producto de la unión de un mestizo y una india.<sup>17</sup> Las nominaciones de origen zoológico fueron deliberadamente despectivas, tales como: mula, coyote, lobo, vaca y otras. Cada país, y aun cada región tenían un nombre peculiar para cada mezcla, pero una designación dada en un lugar podía ser usada para una diferente combinación de genes en otro. La naturaleza heterogénea de este gran segmento de la sociedad es bien clara; tal condición se acentuaba por la confusa gama de castas en la que estaba dividida. La envidia mutua y la falta de cohesión mantuvieron separada esta masa proletaria, como en

<sup>16</sup> Irene Diggs, "Color in Colonial Spanish America", *Journal of Negro History*, 2, 1953, pp. 405-27.

<sup>17</sup> Cf. Hensley C. Woodbridge, "Glossary of names used in colonial Latin America for crosses among Indians, Negroes, and Whites", *Journal of the Washington Academy of Sciences*, 38, núm. II (Nov. 15, 1948), pp. 353-62.

el caso de los impulsos negativos en los grupos más privilegiados. Este hecho explica en gran parte el hecho de que estos súbditos ultramarinos de España, tan inquietos, hasta siglos después, no organizaran una activa oposición a la autoridad de la corona.

<sup>20</sup> La posición social, fijada principalmente en la pureza de la sangre blanca, determinaba, en gran parte, la ocupación del individuo en actividades más mundanas, de preferencia la ociosidad particularmente entre los criollos. La gran población híbrida, según su propia jerarquía compleja, tenía ocupaciones congruentes con sus diversos niveles sociales. El estrato superior, preponderantemente blanco, apenas podía distinguirse de los criollos o de los europeos humildes, que podían pasar por tales. El inferior se aproximaba a la condición más humilde de los indios y negros, que compartieron casi el mismo destino. Al mestizo, que tendía a colocarse en el mejor lugar entre los grupos de sangre mezclada, los españoles le acordaban, en el siglo XVII, un tratamiento paternalista. Al incrementarse su número, al mestizo le correspondió mayor discriminación, pero ésta algunas veces se originaba en la "condición de bastarda" y era más política y económica que ética o moral. Fue, acaso, una resultante secundaria del sentimiento hostil español hacia los moriscos que quedaban en la península y de la desconfianza que producían los llamados "cristianos nuevos", comunes en los días de la Contrarreforma. La profesión militar permaneció aun entre las más honradas de la cultura de la época y el mestizo podía adscribirse a ella. El término "españoles" tan frecuentemente empleado en las reseñas de campañas contra piratas e indios de las fronteras, se refirió sobre todo a personas de sangre blanca diluida. Todas las artes y los oficios también estaban abiertos a los mestizos, aunque generalmente éstos tomaban las tareas menores. Desde muy temprano se les enseñaron las artes y los oficios prácticos y, de hecho, se ocuparon en ellos algunas veces, pero solían, como los

negros, hallarse en los *obrajes* y textileras, en el servicio doméstico, o en los duros trabajos de la agricultura y el pesado trabajo de las minas; eran esclavos de hecho, aunque no en teoría.

La miseria y la ignorancia de este diverso proletariado explotado, eran extremas. Su negligencia y superstición les hicieron presa fácil del enjambre de agoreros y curanderos que practicaban ritos mágicos y artes negras heredadas de la barbarie africana e indígena. La fe en la brujería, iluminismo, animismo, augurios, fetiches, astrología y ocultismo florecieron en toda casta y clase, incluso entre los blancos dominantes.

Vista retrospectivamente, en la "Yarga siesta" del Nuevo Mundo durante el siglo xvii, parecen verdaderamente barrocas la profusión de detalles etnológicos, la complicada jerarquía y la credulidad supersticiosa.

#### IV. LITERATOS INMIGRANTES

AL AVANZAR el período barroco, la cultura y la civilización de las dos Españas, la Vieja y la Nueva, tendieron a parecerse más entre sí. Pero hubo entre ellas grandes contrastes. Mientras las guerras inútiles, la bancarrota fiscal y los monarcas irresponsables y sus privados agotaban el elemento humano y arruinaban irremparablemente a la nación española, un sosegado orden se desenvolvía en el reino mexicano, donde, comparativamente, la paz y la tranquilidad florecían a pesar de ciertas coincidencias con el "siglo de depresión".<sup>1</sup> Alejado de los conflictos sangrientos que asolaban a Europa, y con una economía que iba logrando un mejor equilibrio entre la minoría, la agricultura y las artesanas, el México Colonial, a pesar de los impuestos siempre crecientes para sustentar las locuras de la corona española, gozó de considerable prosperidad que permitía refinamientos y lujos para muchos de la minoría blanca, y condiciones siquiera tolerables, al menos para algunos proletarios. No es de extrañar, pues, que estos dominios trasatlánticos invitaran a los españoles peninsulares, tanto nobles como plebeyos, a una tierra de oportunidades. Ya, antes del siglo xvii, Cervantes escribió que el Nuevo Mundo era "refugio y puerto seguro de todos los pobres diablos de España". Aunque la emigración, con frecuencia, resultó en desengaño, fue también "un remedio incomparable para unos pocos". Una de las inteligencias más prácticas de la ciudad de México escribió, en 1604: "Acontece que la mayoría de la gente que viene a estas partes es tralda

<sup>1</sup> Cf. Woodrow Borah, *New Spain's Century of Depression*. Ibero-Americana series, 25 (Berkeley: Univ. of California Press, 1951), *passim*.

las damitas.)? ¿Fue material para sermones, o simplemente erótico?<sup>15</sup> Y también de interés es la anotación del comerciante de Londres en la factura del 29 de mayo, 1684: "La Coqueta londinense está agotada y no es posible obtenerla."

Otros títulos a la disposición de los lectores de Nueva Inglaterra fueron: *Una Historia de Fortunatus*, acerca de un hombre joven de éxito; *Pharamond, o la Historia de Francia. Un Famoso Romance en Doce Partes de la Calprenède* traducido del francés; *La Muy Famosa Deleitosa y Placentera Historia de Parismas, Príncipe de Bohemia; el Villano Inglés comprendiendo los más eminentes timadores de uno y otro sexo*; todo lo cual sugiere un gusto latente por lo que los lectores del Viejo México estaban disfrutando en aquel momento; *La Famosa Historia de Valentino y Orson; La muy placentera Historia de Tomás Lincoln; y Clelia*, traducción de una novela en diez volúmenes de Mlle. de Scudéry. ¿Y qué interés podía tener un austero puritano al adquirir *Scoggins Jestis* (Las Chanzas de Scoggin), que tiene un prefacio donde se declara que "no hay nada, aparte de la bondad de Dios, que conserve tanto la salud como la alegría honesta"? Viandas raras, en verdad, son éstas para una gente que fácilmente se sentía ultrajada por las frivolidades del mundo pecaminoso. Es alentador saber que los testarudos moradores de una "autera costa rodeada de peñascos" también sabían relajarse durante sus ratos de humor liviano, aun cuando parece ser cierto, estos momentos fueran menos frecuentes, menos alegres y menos espontáneos que los de sus lejanos vecinos de los soleados valles y anchas tierras del México colonial.

<sup>15</sup> James D. Hart, *The Popular Book, A History of America's Taste* (Nueva York, 1950), p. 16. Citado con autorización de the Oxford University Press, Inc., Nueva York.

## XII. UNA POETISA BARROCA

UN día de agosto de 1667 en la ciudad de México, una atractiva y talentosa muchacha a la que todavía faltaban unos meses para cumplir los dieciséis años de su edad, ingresó en el austero ascetismo de la Orden de las Carmelitas Descalzas como corista. El convento que la recibía era aquel que fuera el sueño de esas monjas fervorosas, sor Inés de la Cruz y sor Mariana Encarnación, que tan arduamente importunaron a principios del siglo al veleidoso arzobispo García Guerra, con golosinas y música seductora. Aunque el éxito inmediato no recompensó estos afanes, como se recordará, la constancia triunfó en 1616 y la nueva comunidad religiosa vino al mundo. La joven dama que medio siglo después ganó el derecho de ingreso en sus castos recintos fue doña Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, más conocida y ya mencionada en estas pá-litico de España y primer gran poeta de América.<sup>1</sup>

Bien dotada también musicalmente, su nombre religioso posiblemente lo tomó por su veneración a la anfitriona de fray García Guerra que tañía música y había sido co-fundadora del convento Carmelita, en el que ahora se hospedaba como residente temporaria.

En una época en la que el matrimonio o la reclusión religiosa eran los únicos caminos abiertos a las personas honestas del sexo femenino, el acto de tomar el velo era

<sup>1</sup> Arturo Torres-Rioseco, *New World Literature, Tradition and Revolt in Latin America* (Berkeley, 1949), p. 40. Hay numerosos estudios biográficos de la monja poeta; tal vez el mejor hasta la fecha sea el de Anita Arroyo, *Razón y pasión de Sor Juana Inés de la Cruz* (México, 1952).

suceso común en la sociedad mexicana. En la mayoría de las hermandades de mujeres, la disciplina no era severa, y en sus claustros se podía disfrutar de muchas de las comodidades y diversiones de la vida seglar, incluyendo los servicios de esclavas personales.<sup>2</sup> Por cierto, para las doncellas cuyas perspectivas matrimoniales no eran felices, una existencia reclusa como ésta les ofrecía una alternativa más deseable, y una joven, cuyos padres o parientes pudieran pagar la dote requerida, podía considerarse afortunada. Pero en el caso de la adolescente doña Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, sus prospectos de matrimonio parecían excepcionalmente buenos, y las razones de su decisión son extrañamente oscuras. Aquí hubo una doncella "que fue muchísimo más hermosa de lo que una monja debe ser";<sup>3</sup> la predilecta de la corte virreinal y la dama de compañía favorita de la virreina. Sus atractivos personales, su vivo ingenio para escribir versos en cualquier ocasión, su asombroso conocimiento de libros eran la comidilla del día. De hecho, en alguna ocasión, el mismo virrey, admirado, dispuso que un grupo de los profesores más distinguidos de la Universidad de México examinara a aquella muchacha precoz en los varios ramos de la ciencia, y cuando surgió triunfante de esta prueba, los sabios caballeros se maravillaron de la erudición y compostura de una doncella que parecía ser apenas, más que una niña.

Su ascensión y renombre en el círculo cortesano de la capital fue verdaderamente fenomenal. Una moza de pueblo, nacida en 1648 en un pequeño caserío llamado Neopantla, "tierra de en medio", y que mira hacia los nevados Popocatepetl e Iztacchuatl, había empezado a leer a la edad de tres años y agotado poco después la pequeña biblioteca

de su abuelo. A los ocho años, se fue a la ciudad de México para vivir con unos parientes. Pronto esta niña extraordinaria llamó la atención de la virreina, quien la llevó a vivir con ella en el lujo y esplendor del Palacio Virreinal. En este sofisticado ambiente la niña adquirió una madurez que desmentaban sus años. En la corte, se vio pronto envidiada por las mujeres debido a su ingenio y por sus encantos físicos deseada por los hombres.

El éxito social de esta clase en círculos tan aristocráticos es aún más extraordinario visto a la luz de su nacimiento ilegítimo. Aunque esta circunstancia no fue, acaso, descubierta a nadie, sino al confesor. Su madre, como se reveló más tarde, tuvo dos tríos de hijos, de dos hombres, pero ninguna de estas uniones fue santificada por la Iglesia. No era ésta una circunstancia poco común en esa época, pero tampoco una ventaja genealógica para alguien con pretensiones patricias. Es muy posible que su origen espurio haya influido en la resolución de Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana —que así llevaba los apellidos de sus dos progenitores— de meterse a monja; pero no es probable que ésta sea la única explicación de su elección. Su intensa pasión por el estudio, su declarada "desafección total al matrimonio", y las sugerencias de su escrupuloso confesor, el jesuita *calificador* de la Inquisición, Antonio Núñez de Miranda, sin duda harían atractiva para su espíritu afligido, una vida de reclusión, y por fin la determinaron a abandonar la pompa y el brillo del remolino social de Palacio, del que ella fue miembro tan distinguido.

Es evidente que este paso fue acompañado de dudas, de recelos, y de conflictos interiores por la enfermedad que la obligó a retirarse de la orden Carmelita tres meses después de su ingreso en ella. La transición de la corte mundana al áspero encierro conventual resultó demasiado súbita y severa.

A principios del año siguiente, sin embargo, hizo sus primeros votos en la comunidad de las Jerónimas, cuya dis-

<sup>2</sup> Datos interesantes sobre la vida en los conventos coloniales los proporciona Josefina Muriel en *Conventos de monjas en la Nueva España* (México, 1946).

<sup>3</sup> Frederick B. Luquiens, "Spanish American Literature", *Yale Review Quarterly*, XVII, núm. 3 (1928).

ciplina más suave se avino mejor con el temperamento sensible y las ilustradas aspiraciones de la poetisa. Lo que le restaba de sus cuarenta y siete años de vida lo pasó casi exclusivamente dentro de los muros cubiertos de libros de su celda, a la que solía retirarse con tanta frecuencia como se lo permitían sus deberes conventuales. Allí escudriñaba sus volúmenes acumulados, atendía la correspondencia que le llegaba de dentro y fuera del ancho reino de México, y escribía esos versos tan gustados en su tiempo, y que después le ganaron fama imperecedera.

Su poesía es variada en métrica y tema, incluye lírica amorosa que ocasionalmente raya en lo erótico, tiernos villancicos, dramas morales y otras piezas alegóricas, y aun comedias laicas en tres actos, como las representadas en los teatros públicos de España y de la América española. Mucho de esta expresión métrica abunda en caprichos literarios y está revestida del estilo florido y oscuro de la moda barroca. Sin embargo, a diferencia de la mayor parte del verso contemporáneo, sutiles significados y profundos sentimientos yacen muchas veces ocultos por el intrincado follaje de las palabras y de los oscuros giros. El más abstruso e inescrutable de sus poemas, el único que afirmó haber escrito con gusto, lleva el título de *Primer Sueno*. Consiste de 975 versos de siete y once sílabas, y trata de revelar los procesos subconscientes y orgánicos del sueño. En esta composición laberíntica, de sintaxis y metáforas retorcidas, esta extraña monja parece vencer a su maestro, Luis de Góngora. Para cierto crítico es "un himno al despertar del espíritu investigador y un insospechado precursor de la poesía de la Ilustración del siglo XVIII";<sup>4</sup> para otros, puede haber entre las manifestaciones más ultrabarrocas del verso colonial. De cualquier modo, muchos de sus sonetos y poe-

<sup>4</sup> Francisco López Cámara, "El cartesianismo en sor Juana y Sigüenza y Góngora", *Filosofía y Letras* (México, 1950), núm. 39.

mas líricos cortos poseen una claridad casi límpida y una belleza exquisita que la señalan como el poeta supremo de su tiempo en lengua castellana.

Con el curso de los años aumenta la atracción que ejerce esta criolla monja y poeta, y el círculo de sus admiradores se extiende. No es sólo el mérito estético de su verso lo que le ocasiona tanto homenaje —aunque, como ya se dijo, se la ha considerado frecuentemente como uno de los más grandes poetas de la lengua española— sino acaso más, su compleja personalidad reflejada en muchos de sus escritos. Su expresión más íntima y espontánea ofrece atisbos huidizos de la vida interior de una mujer extraordinaria, pero tan fugaces, que sirven más para acicatear la curiosidad del lector que para satisfacerla. En ciertas líneas el sentido parece alumbrado durante un momento, como por el destello del relámpago en la noche, al que sigue una oscuridad aún más densa que antes. Ésta es la cualidad enigmática de los versos de sor Juana; aún más que la perfección técnica de los mejores de entre ellos, es aquella la que inspira un verdadera culto y le gana un público creciente. A través del velo tan recargadamente bordado por las convenciones barrocas, se perciben los destellos de un refinado espíritu en profundo conflicto consigo mismo, de un personaje ambivalente hecho de emoción femenina y racionalismo masculino, y desgarrado por dualismos antagónicos.

Claramente discernibles son las figuras psicológicas de una naturaleza atormentada, pero las tensiones que la provocan permanecen oscuras y las causas insondables, aunque no tanto como para dejar de intrigar y fascinar al lector. Muchos versos parece que fueron hechos deliberadamente opacos, como si la poeta temiera divulgar eso mismo que ansiaba expresar y, quizá revelando a medias y ocultando a medias, invitara a la especulación sobre el significado. Por esto es irresistible la tentación de aplicar las técnicas modernas de evaluación a su expresión, y muchos cri-

ticos, sucumbiendo a ella, han obtenido resultados estimulantes, aunque posiblemente engañosos.<sup>5</sup>

Es muy dudoso que las luchas interiores externadas en los versos de Sor Juana surgieran de un solo origen. Es más probable que todas fueran manifestaciones exteriores de un complejo de discordancias subjetivos inextricablemente confundidas e irrecuperablemente combinadas; así, cualquier esfuerzo por aislar los elementos es, en su mayor parte, vano, ya que probablemente resultaría en la tergiversación de una excesiva simplificación. No obstante, ciertas tentativas para hallar la personalidad real que hay detrás de la cortina de palabras y caprichos literarios, han producido algunos acercamientos a su naturaleza; las futuras posiblemente producirán otras aproximaciones a la verdad. En esta empresa, interesa atender a tres sonetos que han sido llamados "tríplico de variaciones sobre el mismo tema."

En estos tres poemas Sor Juana emplea un artificio que se llama *encontradas correspondencias*, o anttesis triangulares y de esta particularidad se encuentran de vez en cuando ecos en otros poemas suyos. La mayoría de los comentaristas creen que se trata sólo de un ingenioso juego de palabras, de la afectada gracia de una comedia o de una forma de dialéctica sobre el tema del amor al que los poetas de la época con tanto gusto se entregaron.<sup>6</sup> Pero la reiteración de estas *encontradas correspondencias* en tres diferentes sonetos, que, se supone, fueron escritos en tres ocasiones distintas, junto con algunas insinuaciones de antite-

<sup>5</sup> Particularmente interesantes con relación a esto son: Ezequiel Chávez, *Ensayo de psicología de sor Juana Inés de la Cruz* (Barcelona, 1931); y Ludwig Pfandl, *Die zehnte Muse von Mexico Juana Ines de la Cruz, Ihre Dichtung. Ihre Psyche*, (Munich, 1946).

<sup>6</sup> Julio Jiménez Rueda, *Sor Juana Inés de la Cruz en su época* (México, 1951). p. 76.

sis semejantes en otros escritos suyos sugiere que hay algo más que ingenio puro debajo de ellos:

Al que ingrato me deja, busco amante;  
al que amante me sigue, dejo ingrata;  
constante adoro a quien mi amor maltrata;  
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor, hallo diamante;  
y soy diamante al que de amor me trata;  
triunfante quiero ver al que me mata  
y mato al que me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;  
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:  
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo, por mejor partido, escojo  
de quien no quiero, ser violento empleo,  
que, de quien no me quiere, vil despojo...

Feliciano me adora y le aborrezco;  
Lisardo me aborrece y yo le adoro;  
por quien no me apetece ingrato, lloro  
y al que me llora tierno, no apetezco.

A quien más me desdora, el alma ofrezco;  
a quien me ofrece víctimas, desdoro;  
desprecio al que enriquece mi decoro,  
y al que le hace desprecios enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvenngo,  
me reconviene el otro a mí, ofendido  
y a padecer de todos modos venngo;

pues ambos atormentan mi sentido:  
aquéste con pedir lo que no tengo  
y aquél con no tener lo que le pido.

Que no me quiera Fabio, al verse amado,  
es dolor sin igual en mí sentido;  
mas que me quiera Silvio, aborrecido,  
es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado  
si siempre le resuenan al oído  
tras la vana arrogancia de un querido  
el cansado gemir de un desdénado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,  
a Fabio canso con estar rendida;  
si de éste busco el agradecimiento,  
a mí me busca el otro agradecida:  
por activa y pasiva es mi tormento,  
pues padezco en querer y ser querida.<sup>7</sup>

La posible inspiración en el poeta latino Ausonio y en los grandes dramaturgos, Lope de Vega y Calderón de la Barca, se ha señalado ya, así como las diferencias en el tratamiento.<sup>8</sup> Pero, aunque está claro que Sor Juana Inés sufrió muchas veces la influencia de los escritores español-

<sup>7</sup> Estos sonetos y otros poemas citados en esta presentación se hallan en Alfonso Méndez Plancarte, *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, Fondo de Cultura Económica (México, 1951-57), 4 vols., vol. I, *Lírica personal*. Edición, prólogo y notas de...

<sup>8</sup> *Obras Completas*, vol. I, p. 531; y especialmente Carlos González Echegaray, "Sor Juana y Fray Lope", *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Peláyo*, 24 (1948), pp. 281-89.

les y de otros, también lo está que muy pocas veces se contentó con imitar únicamente a sus modelos. En general tomó prestadas sólo aquellas formas e ideas en las que pudiera escanciar algo de sí misma, amoldándolas a sus necesidades peculiares del momento. Como ya se dijo, el uso repetido del concepto del amor no correspondido permite sospechar que lo escogió porque le ofrecía un vehículo conveniente para externar un conflicto profundamente arraigado y atormentador: de naturaleza muy diferente a la simple influencia formal de otros poetas. Como lo afirma un crítico, no cabe duda que escribió estos sonetos "con el corazón dentro de la pluma". ¿Cuál fue, entonces, el conflicto que afligía su consciente o su inconsciente? ¿Fue, como las palabras lo entranan, el reflejo de una experiencia amorosa que se supone tuvo antes de entrar en el convento? Es posible; pero esta interpretación parece demasiado obvia cuando se consideran también las convenciones literarias de la época barroca y la personalidad compleja que la poetisa obviamente poseyó. En la poesía lírica del México del siglo XVII, el lenguaje descarnado del amor era apenas aceptable, como tampoco se hubiera aceptado tomar los nombres de Silvio, Fabio y Feliciano como los de personas reales. Las dos formas fueron normales, por supuesto, y en algunos de sus versos de *encargo* Sor Juana sin duda se sirvió de estas convenciones para agradecer a quienes solicitaban las obras de su pluma; pero en esos tres sonetos se siente la profunda inquietud interior, la angustia mental de una selección difícil que imposibilita cualquier tranquilidad. Posiblemente la clave de este dilema se encuentra en las líneas de Sor Juana que dicen:

En dos partes dividida  
tengo el alma en confusión:  
una, esclava a la pasión  
y otra, a la razón medida...



Pero tanto dentro de la "razón" como dentro de la "pasión" hay abundante lugar para conflictos variados que producen dilemas aún más inquietantes que las antítesis triangulares evidentes en los sonetos citados.

Volviendo a estas *encontradas correspondencias*, es posible describirlas esquemáticamente de la siguiente manera: A ama a B, pero B no ama a A; C ama a A, pero A no ama a C. Si A es Sor Juana, ¿a quién o qué representan B y C? Habiendo descartado la teoría de un triángulo amoroso personal, hay que desechar "a quién" e intentar analizar el "qué", está simbolizado por los nombres Fabio, Silvio, Feliciano y Lisardo, o sea "B" y "C" del esquema.

En el multiplicado análisis de la vida y obra de Sor Juana, cada día es mayor el acuerdo en que su distinción intelectual supera a su eminencia como poeta, y que su preocupación por las ideas fue mayor que la que tuvo por la creación artística.<sup>9</sup> No es menospreciar su naturaleza profundamente emocional y femenina decir que Sor Juana fue básicamente racionalista, apasionada por el saber, que los procesos de análisis fueron más fuertes y obsesivos en ella que cualquier otro de los planos de la psique. Su extraordinario talento para la poesía lírica dependió de su mentalidad agudamente racionalista y su aspiración suprema fue la libertad mental de vagar desembarazada y sin estorbo por todos los dominios del pensamiento. Leer, estudiar, experimentar "...sólo por ver si, con estudiar, ignoro menos..." fue el deseo que consumió su existencia. Desde su más temprana niñez había sentido este anhelo poderoso, y más tarde suplicaba a su madre que le permitiese asistir a la Universidad de México distrayada de va-

<sup>9</sup> Pfandl, *op. cit.*, *passim*; Arroyo *op. cit.*, *passim*; José María de Cossío, "Observaciones sobre la vida y la obra de Sor Juana Inés de la Cruz", *Boletín de la Real Academia Española* (Madrid, 1952), 32, pp. 27-47; ver también José María Pemán, "Sinceridad y artificio en la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz", *ibid.*, pp. 55-72.

rón. "Lo que sí es verdad", escribió en su famosa *Respuesta a Sor Filotea*, una carta de mucho contenido autobiográfico, "que no negaré (lo uno porque es notorio a todos y lo otro porque, aunque sea contra mí, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad) que desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehementemente y poderosa la inclinación a las letras..." En su joven ingenuidad había desistido de comer queso, en la creencia de que tal manjar hacía a la gente falta de urbanidad y de refinamiento, y de ahí "podía conmigo más el deseo de saber que el de comer siendo éste, tan poderoso en los niños..."<sup>10</sup> Esta "inclinación" triunfó sobre cualquiera otra exigencia, incluyendo la sexual—para el matrimonio tuvo una "negación total", ella lo dijo—y confiesa candidamente que su decisión de tomar el velo—su única otra alternativa—estuvo en gran parte influida por obtener la mayor libertad relativa que esto ofrecía para el estudio. La vida más solitaria de las Carmelitas la indujo posiblemente, a escoger primero esa Orden. Había pensado en escaparse de la tiranía de lo que casi parecía un vicio ofreciéndose como esposa de Cristo, pero "¡miserable de mí trájeme a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclinación..." En lugar de extinguir esta pasión por la lectura y la cogitación, encontró que, una vez sujeta a los votos, esta sed por saber "...reventaba como pólvora, y se verificaba en mí el *privatio est causa appetitus*".

En el ambiente medieval del México del siglo XVII donde las mujeres no podían soñar con una vida independiente, donde era axiomática su inferioridad intelectual y en donde eran poco más que utensilios de sus padres, hermanos y esposos, la curiosidad intelectual en las personas del sexo de Sor Juana, era indecorosa y aun pecaminosa. Podía, en verdad, ser obra de Satanás y, por lo tanto, poner en pe-

<sup>10</sup> El texto de esta *Respuesta* está en el volumen IV de las *Obras Completas*.

ligro su salvación, como sus superiores más de una vez se lo aseguraron. Aunque hubo mujeres sabias en la historia, cualquier monja émulo de ellas no hubiera carecido de un inherente sentido de culpa. La misma Sor Juana no escapó de este sentimiento, pues escribió que había pedido a Dios "apague la luz de mi entendimiento dejando sólo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer". Pero aun estas palabras desgraciadas parecen descubrir en la frase entre paréntesis, en la que se implica la forma masculina, un rencor oculto contra el mundo de su tiempo, hecho por el hombre. Pero su obvia distinción intelectual también despertó la envidia y la antipatía de sus compañeras de claustro y a través de los años esta hostilidad desarrolló en ella un complejo de persecución. Su brillante cerebro investigador parecía siempre fuente de disgusto. "Si es mío mi entendimiento", escribió en uno de sus poemas, "¿por qué siempre he de encontrarlo tan torpe para el alivio, tan agudo para el daño?"<sup>11</sup>

Esta ávida curiosidad y deseo de saber, tan contrarios a su tiempo, lugar y sexo, parecieron sólo atraer sobre su cabeza la crítica y censura de quienes la rodeaban:

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?  
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento  
poner bellezas en mi entendimiento  
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas;  
y así, siempre me causa más contento  
poner riquezas en mi pensamiento  
que no mi pensamiento en las riquezas.

<sup>11</sup> *Obras Completas*, vol. I. p. 6, versos 57-60.

Yo no estimo hermosura que, vencida,  
es despojo civil de las edades,  
ni riqueza me agrada fementida,  
teniendo por mejor, en mis verdades,  
consumir vanidades de la vida  
que consumir la vida en vanidades.

Y en otra ocasión, en uno de sus romances pregunta con amargura por qué su afición a la verdad siempre ha de atraerle castigo. "Si esta afición que tengo es lícita y aun de obligación, ¿por qué han de castigarme porque hago lo que debo?"

Estas protestas, que revelan sensibilidad a la áspera desaprobación que la rodeaba, ocurren con tanta frecuencia que llegan a sugerir un estado mental un tanto desquiciado, que pudo resultar de la preeminencia de las formas de enseñanza aceptadas en su tiempo, aun después de tomar en cuenta el hecho de que tales aspiraciones fueron consideradas impropias en una mujer, y particularmente en una que estuvo sujeta a votos de obediencia perpetua. Quizá este exagerado sentimiento de persecución fue causado en parte por la *clase* de conocimiento que buscara y la *clase* de métodos empleados para adquirirlo. En resumen, su sabiduría pudo parecer más laica que eclesiástica. "Lástima es que un tan gran entendimiento, de tal manera se abata a las rateras noticias de la tierra",<sup>12</sup> hubo de reprenderla el Obispo de Puebla y sus procedimientos más experimentales o científicos a la usanza moderna que escolásticos o filosóficos. Aún más censurables que el saber mundano, fueron los medios no ortodoxos de buscarlo. "La experi-

<sup>12</sup> El texto de esta carta del Obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, a Sor Juana Inés está reproducido en *Sor Juana Inés de la Cruz, Carta Atenagórica. Respuesta a Sor Filotea*, edición, prólogo y notas de Ermilo Abreu Gómez, Círculos Mexicanos (México, 1934), pp. 46-48.

mentación arrastra a Sor Juana "desde niña", comenta un estudioso de su vida.<sup>14</sup> Aquí entonces, está la posibilidad de un conflicto de origen intelectual, ya que, dado su mérito, su profesión y su sexo, hubo de ser inevitablemente tanto emocional como espiritual. Este desacuerdo interior, con sus concomitantes armónicos, la herejía y la desobediencia, bien pudo producir en ella una melancólica convicción de culpa y así, por ansiedad, incrementar un sentimiento de persecución.

Por el 1600 empezó una revolución en la mente del hombre occidental, que introducía, como ya se dijo, la Era de la Ciencia. Kepler y Galileo habían formulado simultáneamente el principio de que las leyes naturales pueden descubrirse mediante la medición, y aplicaron este principio radical a su trabajo. En tanto que la ciencia de Aristóteles y de los antiguos se había contentado con clasificar y rotular, ahora la nueva ciencia pretendía medir, y el método cuantitativo implicó, en palabras de un escritor "un nuevo ajuste en muchos de los niveles de la jerarquía del sistema humano". Y también, "ya en el siglo xvi el velo medieval entre el hombre y la naturaleza había caído, y el individuo trataría de expresarse mediante sus facultades".<sup>15</sup>

Según avanzaba el siglo xvii, el individuo desafiaba cada día más a la autoridad, el empirismo disputaba con el racionalismo medieval y en este proceso las matemáticas serían el nuevo instrumento, como lo demostró Descartes.

Fue el destino de Sor Juana existir en esa edad, cuando en el México colonial la largamente aceptada única vía de acercamiento a la verdad empezaba a ser amenazada por un camino nuevo, por un método nuevo. Casi imperceptiblemente los conceptos de la ciencia revelada, las nocio-

<sup>14</sup> Cossio, *op. cit.*, p. 36.

<sup>15</sup> Lancelot Law Whyte, *The Next Development in Man* (New York, 1950), pp. 106-107.

nes escolásticas y autoritarias fueron cediendo ante la objetividad de los procedimientos más sensatos de la observación y el análisis científico. En la ciudad de México de la época de Sor Juana habla más conciencia de esta revolución intelectual de lo que se cree comúnmente, y en la capital había un grupo, aunque pequeño, de sabios que estaban bien enterados del pensamiento contemporáneo, aun de aquello que producía la Europa no-católica. La relativamente libre circulación de libros no-teológicos durante los siglos xvi y xvii,<sup>16</sup> el frecuente tránsito de hombres sabios por el virreinato y la correspondencia personal de eruditos locales con pensadores del extranjero, todo contribuyó a un vivo clima mental en los centros del Nuevo Mundo, mayor de lo que, se supone, permitiría la doctrina de la Iglesia medieval. Un pequeño número de sabios estaban ya familiarizados con los escritos y las ideas de Erasmo, de Copérnico, de Kepler y particularmente de Descartes, cuyas filosofías discutían entre sí con relativa libertad, y hasta llegaron a citar en sus escritos publicados.

El más sobresaliente entre esta inteligencia novohispana fue don Carlos de Sigüenza y Góngora: profesor de matemáticas en la Universidad de México, renombrado por sus estudios de astronomía, arqueología, historia y filosofía natural y, también, íntimo amigo de Sor Juana. Vivía don Carlos en el Hospital del Amor de Dios, donde sirvió de capellán y era visitante asiduo del convento Jerónimo en el que la monja poeta tenía su celda y que estaba a pocas cuadras de distancia de su capellanía. Parece que estos dos talentosos personajes, solos en el locutorio del convento, solían disfrutar de largas discusiones. Sigüenza, sin duda un

<sup>16</sup> Cf. Irving A. Leonard, *Books of the Brave* (Cambridge: Harvard Press, 1949) (*Los libros del conquistador*, F.C.E., 1953), *passim*. Con referencia a las obras en la biblioteca de la hermana Juana, ver Ermilo Abreu Gómez, *Sor Juana Inés de la Cruz: Bibliografía y Biblioteca*, Monografías Bibliográficas Mexicanas, 29 (México, 1934), *passim*.

poeta menor, fue adentrado en la poesía por Sor Juana, mientras que ella a su vez recibía su estímulo y adiestramiento en las disciplinas científicas. Es probable que ella adquiriera los instrumentos matemáticos y algunos de los libros que, se dice, poblaron su celda por efecto de esta amistad. En verdad, los logros de esta colaboración, impulsaron a un crítico distinguido a comentar que ellos fueron "... los primeros en quienes aparece o se manifiesta en México el espíritu moderno".<sup>17</sup> A menudo Sigüenza llevaba a sabios visitantes al convento; entre éstos estuvo el gran fundador de misiones del sudoeste norteamericano, el padre Eusebio Francisco Kino. Y fue también él quien inició a la monja extraordinariamente inteligente en la nueva metodología cartesiana, de la que hay algunos vestigios en sus versos.<sup>18</sup> Sin duda él fue quien encendió el entusiasmo de Sor Juana y la alentó durante la realización de algunos simples experimentos físicos, como lo menciona en su *Respuesta a Sor Filotea*. Y fue él quien compartió con ella su amor por la naciente Época de la Ilustración, de la cual ambos fueron precursores inconscientes en México.

La innata capacidad crítica de Sor Juana, justo con la lectura omnívora, le hacía recibir con regocijo cada aproximación más pragmática hacia la verdad. Latente en su cerebro estaba un escepticismo saludable respecto a la eficacia de la demostración puramente verbal, y por su ansiosa curiosidad fue atraída totalmente hacia la experimentación y la observación directas. Un escrutinio de verso y de la prosa de Sor Juana podría conducir a la convicción de que ella sentía desconfianza instintiva por el escolasticismo dominante en la vida intelectual del México virreinal. Su sólido aprecio por la observación y el análisis científico parecen claros cuando, en la *Respuesta*, ella hace

<sup>17</sup> López Cámara, *op. cit.*, p. 129.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 122-123. Sigüenza cita a Descartes en su *Libra astronómica y filosófica* (México, 1960).

hincapié en la importancia de estudios y métodos variados para echar luz sobre el conocimiento especulativo, particularmente sobre teología, y su preferencia fundamental queda revelada al agregar: "... y cuando dicen que los expositores son como la mano abierta y los escolásticos como el puño cerrado". Su reacción a la erudición especiosa y el raciocinio retórico que la rodeaba, caracterizado principalmente por disquisiciones polémicas con ostensibles alardes de citas clásicas y de verborrea nebulosa, queda patente en el romance que empieza con el patético verso "¡Finjamos que soy feliz!".

Las confusas polémicas de pedantes y charlatanes librescos de la así llamada intelectualidad que impregnaba al ambiente en derredor de ella con su estruendo, la mueven a exclamar métricamente:

Todo el mundo es opiniones  
de pareceres tan varios,  
que lo que el uno, que es negro,  
el otro prueba que es blanco.

Y en cuanto a estos bracmanes sabios doctrinarios, seguramente hubiera estado de acuerdo con el dístico cáustico de Alexander Pope:

El necio leído muestra a cada instante  
sus vagas ideas de docto ignorante.

Este prurito universal de distinguir y contradistinguir en interminables discusiones detalles sin importancia, olvidando lo esencial, insulta el sano intelecto de la hermana Juana:

Y si el vuelo no le abaten,  
en sutilezas cebado,  
por cuidar de lo curioso  
olvida lo necesario.

Ella pareció sentir que estos disputadores—para usar una frase de Bacon— obraban en sus dialécticas sin fin "... como la araña teje su red, produciendo telarañas de sabiduría admirables por la fineza de sus hilos y trabajo, pero de ninguna sustancia o provecho". La pedantería patente en la profusión de citas latinas y griegas, de alusiones clásicas y de circunloquios floridos, molestaba a esta monja sabia:

Si culta mano no impide  
crecer al árbol copado,  
quita la sustancia al fruto  
la locura de los ramos.

Toda esta especiosa erudición la mueve a preguntar:

¿Qué loca ambición nos lleva  
de nosotros olvidados?  
Si es para vivir tan poco,  
¿de qué sirve saber tanto?

Y en su desesperación exclama:

¡Oh, si, como hay de saber,  
hubiera algún seminario  
o escuela donde a ignorar  
se enseñaran los trabajos!

En la *Respuesta* comenta con desprecio mal disimulado, la afectación que pasaba por sabiduría en el excesivo número de autoridades citadas: "Y añado yo que le perfecciona (si es perfección la necesidad) el haber estudiado un poco de filosofía y teología y el tener alguna noticia de lenguas, que con eso es necio en muchas ciencias y lenguas: porque un necio grande no cabe en sólo la lengua materna". También consciente de autoengaño obrado por

el verbalismo escolástico, Sor Juana creía que todo el mundo debía mantenerse dentro de sus propios límites mentales. Si esto fuera verdad, exclama agríamente: "¡Cuántas torcidas inteligencias que andan por ahí no anduvieran!" Posiblemente el cuarteto más penetrante de este mismo romance es aquel en el que señala el meollo de la verdadera sabiduría, el desarrollo del juicio sano:

No es saber, saber hacer  
discursos sutiles, vanos;  
que el saber consiste sólo  
en elegir lo más sano.

Este y otros pasajes de los escritos de Sor Juana reflejan desafecto hacia los métodos escolásticos prevalectentes en el pensamiento de su mundo, e impaciencia por una época que, ella no lo podía saber, estaba ya desapareciendo. Anhelaba una era nueva y más libre, de horizontes ensanchados por un método diferente de aproximación a la verdad; ésta era ya empezaba, aunque ella no se percatara. Pero la institución religiosa de la cual formaba parte y que estaba tan preocupada por su salvación fue totalmente identificada con las antiguas maneras de pensar que no la atrahían. Más bien, su adhesión al tipo de pensamiento ortodoxo llegó a ser una compulsión contra la cual se esforzó constantemente, temerosa de las implicaciones relativas a su seguridad eterna, por su desviación radical del autoritarismo eclesiástico. Su alma intelectual estuvo enamorada de esta nueva y científica vía de acceso a la verdad, pero no podía haber reciprocidad en esta pasión para alguien, como una monja, tan estrechamente sujeta por el abrazo de la tradición medieval. Para Sor Juana, únicamente el concepto de conocimiento indicado por la autoridad y por los métodos escolásticos era el decoroso y permitido. En consecuencia, ella temía a su inclinación a pensar mediante métodos no consagrados y se escondía tras sus li-

bro, en vano esfuerzo por desterrar tales tentaciones de su mente. Aun así, esta manía analítica la obsesionó. "Este modo de reparos en todo me sucedía y sucede siempre, sin tener yo arbitrio en ello... Y, prosiguiendo en mi modo cogitaciones, digo que esto es tan continuo en mí, que no necesito de libros..." De esta manera, cuando fue privada de sus lecturas, como sucedió por un tiempo, su mente pareció acelerar su actividad: "Aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios creó, sirviéndome ellas de letras, y de libros toda esta máquina universal. Nada veía sin reflejar; nada veía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales... Así yo, vuelvo a decir, las miraba y admiraba todas..." Aun durante el sueño operaba este proceso: "...ni aun el sueño se libró de este continuo movimiento de mi imaginación; antes suele obrar en él más libre y desembarazada, confiando con mayor claridad y sosiego las especies que ha conservado del día".

Así parece que Sor Juana se encontró no solamente desgarrada entre la "razón" y la "pasión", sino también entre las *dos metodologías* de la razón. Las dialécticas y los si-logismos del escolasticismo consagrado por el tiempo, estaban todavía encasillados como únicos medios aceptados para la racionalización en la Iglesia de Cristo que la sostenía en sus brazos protectores y a la cual ella estaba tan irrevocablemente atada por los votos. Esta gran institución la protegía y la amaba, y la obediencia a su autoridad y a sus costumbres fue para la monja obligación ineludible. Pero muy dentro de sí, no podía corresponder a ese amor. En lugar de esto, Sor Juana parecía poseída por una manera de pensar que estaba amenazando socavar las suposiciones en las cuales estaba cimentada esta fe. Su benévolo guardián, la Iglesia, desaprobaba severamente el verdadera objeto de sus afectos, el nuevo concepto del experimentalismo apoyado en los sentidos y no en la autoridad. Este ejercicio intelectual bien podría ser enemigo de la

divina ciencia de la teología, y era potencialmente, si no en realidad, herético. Su adhesión a tal modo de pensar podría poner en serio peligro su salvación eterna, la cual le era infinitamente preciosa. En su pieza teatral *El divino Narciso* escribió: "He aquí que lo que anhelo estoy sin poder gozarlo, y en mi ansioso afán de disfrutarlo, padezco dolores mortales."

En este dilema atormentador, Sor Juana, en su larga misiva al obispo de Puebla, busca racionalizar su predilección preguntando cómo pudiera entender a la "Reina de las Ciencias", es decir la teología, sin el conocimiento de una serie de disciplinas seculares, incluyendo la lógica, la retórica, la física, la aritmética, la geometría, la arquitectura, y otras. Este pasaje parece ser un eco débil del Tercer Precepto de Descartes que dice: "...para conducir mi pensamiento de tal orden de manera que, comenzando con los objetos más simples y fáciles de conocer, yo pudiera ascender poco a poco y, como fuere, paso a paso, hasta el conocimiento de los más complejos, asignando en el pensamiento cierto orden aun a aquellos objetos en los cuales, por su propia naturaleza, no estén en una relación de antecendencia y secuencia." Pero, con la misma fuerza lógica o moral que ella arguyó en favor de una mayor sabiduría pragmática y de una mayor libertad intelectual, los grandes prejuicios por las tradiciones de su tiempo, de su lugar, de su estado y de su sexo, se erguían abrumadoramente en su contra. Inevitablemente se hizo a sí misma presa de torturante incertidumbre, sentido de culpabilidad y desesperación, de los que buscó liberación en su poesía más íntima. Estos desgarramientos interiores, de su ser fueron el resultado de los muchos dualismos de su personalidad, y llegaron a ser crónicos; con el curso del tiempo le hicieron ansiar la muerte. En uno de sus poemas dice:

Muero (¿quién lo creará?) a manos.....  
de la cosa que más quiero  
y el motivo de matarme  
es el amor que le tengo.

Y en una pieza teatral suya se encuentra esta línea: "Muero por uno que no se muere por mí."

Repetidamente, en el verso y en la prosa, su complejo de culpabilidad y su tormento se revelan por la frase: "Soy mi propio verdugo", la que parece ser un lamento de angustia, aunque "yo no estudio para escribir ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos". En su mundo oprimido por la baja bóveda de cielo, no hubo espacio para que se remontara su espíritu privilegiado. Con desesperación creciente aprendía que una preocupación tan extraña por su intelecto era indecorosa en una mujer, especialmente para una religiosa; levantó barreras a la comunicación entre ella y otras monjas incomprensivas de la comunidad en que vivía, pero los celos y la envidia que despertaba su superioridad reconocida no disminuyeron. "Cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona que de espinas", escribió con amargura, pues había conocido la reprobación de sus superiores. La carta del obispo de Puebla fue acaso suave y comedida, si se la compara con las admoniciones de su confesor y de sus hermanas compañeras de convento. El obispo censuró su cultivo de las "letras profanas", por lo cual está claro que incluyó en su preocupación la racionalización secular. La instó a limitarse al ejercicio del escolasticismo teológico, en el cual él había comprobado su destreza en la notable crítica del sermón del célebre jesuita portugués.

Pero la mente y el corazón de Sor Juana respondían intuitivamente a un pragmatismo más experimental y ella no pudo resolverse a sucumbir a las distinciones y contra-distinciones verbales que constituían la vida intelectual de su ambiente. En muchos de sus poemas emplea al nombre poético de "Fabio" con el que figura a quien adoraba y Silvio, Feliciano y otros, por aquellos a quienes ella desdenó o aborreció. "Mi voluntad pertenece a Fabio, y que Silvio y el mundo me perdonen", son dos versos típicos. Es posible que su preferencia por "Fabio" se debiera a su

semejanza fonética con *sabio*. Silvio, como otros nombres, puede referirse a los pedantes a quien no podía estimar. Pero obligada al convento y dentro del ambiente medieval de la sociedad eclesiástica de la ciudad de México, sólo pudo sentirse en guerra con él y consigo misma. El amor y la bondad implícitos en el paternalismo de la Iglesia reclamaban su gratitud y, por supuesto, los votos la obligaron a la obediencia; pero el persistente anhelo de una expresión más libre de su intuición y de otro y más ancho camino hacia la verdad y hacia Dios, le impidieron la reciprocidad y la sumisión completa en su corazón. El experimentalismo sensato y la metodología científica de una era que alboraba la llamaban, mientras que el mundo secular, que estaba dando a luz esa era, permanencia indiferente e inconsciente del amor de una mujer solitaria, profundamente atrapada en las mallas de un medievalismo rígido. Ese mundo parecía sólo desdenarla e, inevitablemente, el de Sor Juana fue un amor marchito—el rechazo por parte del amado y el estar poseída por el no amado—, una antítesis triangular. Rara vez experimentó Sor Juana siquiera un momentáneo alivio de su incesante conflicto interno y, con el tiempo, su salud quedó minada, apresurando la muerte. En este infeliz estado de *encontradas correspondencias* pudo exteriorizar su dilema en versos de simbolismo oscuro pero sentimiento inequívoco que reiteradamente dieron expresión a su sufrimiento. En "Al que ingrato me deja, busco amante", el "al que" fue acaso experimentalismo, una libertad secularizada y una época más nueva; y en "al que amante me sigue, dejo ingrata", el "al que" posiblemente fue el escolasticismo, el eclesiasticismo, y el medievalismo; el primero, el camino a la salvación mediante el conocimiento y el segundo el camino de la salvación mediante la fe.

Cuando la alborada del 17 de abril de 1695 difundía su luz pálida sobre la inquieta ciudad de México, el espíritu atormentado y roto de Sor Juana reclamó en silencio la ansiada liberación de la cárcel de su soledad. "Ve cómo la muerte me elude porque la deseo—había exclamado en uno de sus poemas—, pues aun la muerte cuando está en demanda—añadía después—alzará su precio". A través de los largos años de su corta vida había luchado contra los prejuicios que la estrechaban como torniquetes y contra la incompreensión de su tiempo y lugar. Ella soñó con una liberación de las amarras de las tradiciones estáticas y de los convencionalismos estupefacientes. Se atrevió a amonestar a los hombres de su sociedad por su doble criterio moral, luchando así por primera vez en favor de los derechos de la mujer.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada,  
o el que ruega de caldo?

¿O cuál es más de culpar  
aunque cualquiera mal haga:  
la que peca por la paga  
o el que paga por pecar?

Pero sobre todo luchó por la libertad de pensamiento para todos. "No hay nada más libre que la mente humana", había proclamado ante un mundo que no podía comprenderla, o que solamente podía tomar sus palabras como subversivas para la verdad establecida por Dios. Las desventajas en su contra fueron demasiado grandes y las presiones inexorables causaron por fin la renuncia total a todo esfuerzo y la sumisión completa de su intelecto. La mujer apasionada capituló ante la monja devota, y esta rendición la privó de la vida. Físicamente, se sobrevivió a sí misma durante breve tiempo.

A la infeliz monja poetisa, los últimos cuatro o cinco años de su existencia pudieron parecerle una proyección en el mundo de su propia agitación y aflicción internas. Una serie de desastres y fenómenos azotaron la ciudad y sus contornos por esa época llevando sufrimiento, temor y violencia. Los aguaceros de 1691 produjeron inundaciones devastadoras, péridas de cosechas, hambre y pestilencia, mientras que un eclipse total de sol causaba terror. El oscuro descontento y las tensiones crecientes estallaron en motines que casi derribaron la autoridad española en el país. Mientras estos acontecimientos siniestros oscurecían al mundo de afuera, también se desató la tormenta que por tanto tiempo estuvo preparándose en el alma de Sor Juana.

En 1690, inadvertidamente llegó a un momento decisivo la desaprobación y hostilidad de sus compañeras que se habían acumulado paulatinamente al paso de los años. De alguna manera fue inducida a escribir una inteligente refutación de ciertos puntos de vista ya mucho antes expuestos en un sermón del famoso jesuita portugués, el padre Vieira. Su destreza en el manejo de los métodos neocolásticos agradaba evidentemente al obispo de Puebla, quien tomó por su cuenta la publicación de esa refutación. Al mismo tiempo, bajo el nombre de "Sor Filotea", le escribió una carta riñéndola por su supuesto abandono de la literatura religiosa y por su afecto a las letras profanas. "Mucho tiempo ha gastado V. md. en el estudio de filósofos y poetas; ya será razón que se perfeccionen los empleos y que se mejoren los libros". Claramente, esto fue una reprobación de un superior muy alto en la jerarquía y no pudo dejar de angustiar a una monja atormentada por el sentimiento de culpa. Durante meses en los cuales su salud menguaba, ella meditó cuidadosamente una réplica a la censura del obispo. Réplica que finalmente el primero de marzo de 1691, tomó la forma de su famosa *Respuesta*, en la cual, con muchos detalles autobiográficos y



con humildad y osadía alternadas, Sor Juana se defendió de las severas amonestaciones del prelado.

Oscuras complicaciones siguieron a este intercambio epistolar; la principal fue el retiro del confesor de Sor Juana, el padre Antonio Núñez de Miranda, que tanto influyó en su decisión de entrar al convento y que la había continuado aconsejando a través de los años. En vano, la instó para que se apartara de lo que él consideraba cosas mundanas y para que dedicara sus grandes talentos a los asuntos eternos. Por otra parte, todos sus simpatizadores, le parecían, iban claudicando por la ausencia, la deserción, o la muerte. Además, nunca gozó del favor del misógino arzobispo Aguiar y Seijas, quien, además, la había involucrado en sus frenéticas ansias limosneras. En 1693, como para recordar a todos la mundanidad de la monja, apareció en España la segunda edición de un volumen de poemas suyos que la virreina, que fuera su amiga y patrona, había recopilado. Sin duda, en poco tiempo llegaron algunos ejemplares a la ciudad de México. Esta delicada atención regia bien pudo haber apresurado su abatimiento final. El 8 de febrero de 1694, empleando la sangre de sus venas como tinta, redactó una humildísima confirmación de su fe y la renovación de sus votos, que firmó: "Yo, la peor del mundo Juana Inés de la Cruz." Renunció a todas sus posesiones, a los regalos y chucherías de sus admiradores, a los instrumentos matemáticos y músicos que por tanto tiempo estudiara y usara, y —el más doloroso de todos los arrancamientos— a aquellos silenciosos y preciosos compañeros de su celda, sus queridos libros. Todos fueron vendidos, y el producto dado en limosna. Con amargura, se entregó a actos de excesiva penitencia, de autoflagelación y de otras mortificaciones de la carne. La anhelada muerte de su cuerpo llegó por fin, cuando servía incansablemente a las hermanas de su comunidad que estaban siendo diezmadas por una peste que asolaba la ciudad. El espíritu afín que ciertamente la comprendió, don

Carlos de Sigüenza y Góngora, pronunció la oración fúnebre en su sepultura. Aun la compasión de él le fue negada en aquellos últimos años amargos, cuando su ausencia durante una expedición a la Florida, y las preocupaciones de su servicio público, de su familia y su estado de salud menegante le impidieron su presencia. Las palabras pronunciadas con motivo de la melancólica ocasión del entierro de la religiosa amiga se han perdido, pero, con más sentimiento aún, probablemente fueron eco de aquellas otras que pronunciara cuando los dos estaban elevándose a la fama: "No hay pluma que pueda remontarse hasta aquella eminencia que la suya sobrepuja", había escrito él, y luego agrega, con una sinceridad que brilla a través de su estilo pedante: "Quisiera pasar por alto la estimación con la que yo la miro, la veneración que ella ganó por sus obras, para hacer manifiesto al mundo cuánto, en la naturalza enciclopédica y la universalidad de sus letras, está contenido en su ingenio, de manera que se pueda ver que, en una sola persona, México disfruta de lo que, en todos los siglos pasados, las gracias han concedido a todas las mujeres sabias que maravillan grandemente a la historia." Y concluyó proféticamente que el nombre y el renombre de Sor Juana Inés de la Cruz, terminará sólo con el mundo.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Teatro de virtudes políticas*, en Francisco Pérez Salazar, *Obras de Carlos de Sigüenza y Góngora* (México, 1928), p. 38.

donde deca que había sentido el dolor."<sup>12</sup> Así, en una época en la que los restos humanos eran considerados sagrados y aun se pensaba en la disección como profanación, este sabio consagrado del México del siglo xvii demostró, en su último acto, el deseo de verdad y de servicio a la humanidad, aún más allá de las fronteras de la vida. Claramente su espíritu anunciaba el fin de la época barroca y el principio de la Edad de la Razón en la América Hispánica.

#### XIV. RESUMEN

EN LA tela inconstitucional del tiempo, el año de 1700 parece constituir una conjugación visible de dos épocas centenarias de acontecimientos cambiantes y direcciones mutantes en la historia del mundo occidental. Las guerras civiles, religiosas y dinásticas que por tanto tiempo azotaron a Europa, fueron evolucionando hacia luchas entre rivales coloniales y mercantiles. Los surgentes Estados nacionales de principios del siglo xvii, habían adquirido, u ocupado eficazmente, las posesiones de ultramar que los transformaban en imperios competidores. Los principales contendientes fueron Portugal, España, Holanda, Francia e Inglaterra; pero ya en 1700 había pasado el periodo de crecimiento activo de los tres primeros, dejando solos a los dos últimos trabarse en combate durante el siglo xviii, como titanes en contienda por la supremacía de los mares, en Norte América, en la India y además, en la Europa continental. Así advino la era de "guerras mundiales" que trasladaron al teatro global las luchas locales entre pueblos nacionalistas del foro regional en las franjas occidentales de la masa eurasiática.

El inadvertido agente catalítico de este cambio fue España, por el fin poco glorioso, en 1700, de casi dos siglos de gobierno de los Habsburgo, a causa del deceso de Carlos II, muerto sin hijos. Entonces la magnitud del imperio español todavía prestaba a la Península semblanza de poderío y, durante la época de los monarcas absolutos, que consideraron los territorios como posesiones personales, la extensión de la dinastía real dejó expuesta una rica herencia a la codicia de todo pretendiente con el mínimo tono de legitimidad. Los diversos pretendientes, sin embargo,

<sup>12</sup> Antonio de Robles, "Diario de sucesos notables", *Documentos para la historia de México*, Serie I, vols. II y III (México, 1853).

fueron cada vez más estorbados por las graves consideraciones del "equilibrio de poder", y, quienquiera que fuera el aspirante afortunado, la adjudicación de este gran premio inevitablemente crearía un desequilibrio en los asuntos internacionales de Europa. Cuando el moribundo Carlos II cambió su testamento en favor de Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, el "Gran Monarca", la preponderancia del poder quedó, de plano, en manos de los Borbones. Una coalición encabezada por la Gran Bretaña desafió esta hegemonía en la Guerra de la Sucesión Española, y desde 1702 hasta 1713 campañas militares de escala mayor que nunca, devastaron al Continente, incluso a España. Esta conflagración alcanzó a la América del Norte, en la llamada Guerra de la Reina Ana. Por fin, confirmado el heredero Borbón en el trono español como Felipe V, España entró en una nueva era.

El México colonial no podía quedar fuera del alcance de estos sucesos; pero pocos de sus habitantes eran conscientes de que el año de 1700 significaba el paso a una época de consecuencias definitivas. Hasta entonces había persistido la creencia de que la Nueva España estaba muy alejada de los conflictos ideológicos y de las contiendas sangrientas que desgarraban a Europa, que apenas conocía siete años de paz durante el siglo entero. Casi parecía que México estaba reservado por Dios para una más perfecta realización de Su Plan consistente en un orden estático y pacífico, y para esta realización la madre patria, a lo menos en parte, se había desangrado a pesar de las abundantes transfusiones de las vetas argentíferas del Nuevo Mundo. Protegido y alejado, el extenso reino mexicano apenas comprendía la fatalidad de los cambios y la futilidad del ideal español.

Para muchos funcionarios encargados de la dirección de los asuntos novohispanos, las décadas que discurrían tratan paulatinamente el conocimiento del espejismo engendrado por un aislamiento imaginario. Ya antes de la llegada de

Fray García Guerra en 1608, los envidiosos rivales de España se habían entrometido en su reserva imperial americana. Atrevidos aventureros ingleses, franceses y holandeses se habían apoderado de las islas descubiertas del Caribe y aun de porciones de tierra firme. Durante el gobierno del arzobispo-virrey, las actividades de los holandeses en este mar salpicado de islas, amenazaban las vías de acceso al reino productor de tesoros. En el curso del siglo este mordisqueo en las orillas del imperio se hizo más agresivo y preocupó seriamente a las autoridades españolas. Las importantes islas de Barbados, las Bahamas y Jamaica, cayeron una tras otra en el regazo inglés, y el *entrepôt* estratégico del Istmo de Panamá sufrió una devastación brutal a manos del pirata Morgan. Apenas menos ominosos fueron los logros franceses en las Antillas: Martinica, Guadalupe, Guayana y la extremidad occidental de Santo Domingo, la isla sobre la cual los españoles habían plantado sus primeras colonias y que en el siglo XVIII llegaría a ser la más rica posesión ultramarina de Francia.

Amenazantes como eran estas pérdidas para el México virreinal, las minas de sus regiones septentrionales parecían todavía inmunes al ataque. Los convoyes escoltados, verdaderas flotas de tesoros, lograron en general eludir a los enemigos alojados en las islas; pero los últimos años del siglo trajeron consigo alarmantes indicaciones de que la lejanía ya no garantizaba la seguridad de la riqueza mineral. Muy al norte del Continente las colonias inglesas de Virginia y de la Nueva Inglaterra, fueron ensanchándose hasta que, en 1688, sus habitantes alcanzaron el número de 300 mil. Hombres atrevidos marchaban hacia el sur desde las Carolinas y en poco tiempo se instalarían en una región de espacios vacíos y vagamente limitados de la Florida española, a la que nombraron Georgia. Tan imperfectos eran los conocimientos geográficos de los españoles sobre esta área en general, que la imaginaria ceramía de estas intrusiones y las minas del norte causaba extrema ansiedad.

Pero mucho más corrosivo fue el temor que inspiraban las actividades francesas. Los pobladores de la Nueva Francia, en el "misterio del norte", aunque mucho menos numerosos que los ingleses, se dispersaron más en las regiones del río San Lorenzo, del Lago Superior y del río Ohio. Durante el gobierno de Colbert, en una veintena de años, aumentó su número en trescientos por ciento. Sieur de la Salle había bogado río abajo por el Mississippi y reclamado la gran cuenca para Francia, nombrándola Luisiana en honor a su rey. Dos años más tarde el mismo caballero francés encabezó una malograda expedición de cuatro embarcaciones y trescientas personas para establecer una colonia en la desembocadura del gran río, que sirviera también como base de las operaciones contra las fronteras del norte de la Nueva España. Los malos cálculos la lanzaron sobre la costa desabrugada de Tejas y allí su empresa terminó en desastre. Pero las noticias de este intento alarmaron a los círculos oficiales españoles y despertándolos de su somnolencia inquieta, los hicieron despachar frenéticamente expedición tras expedición, para buscar la colonia en cuestión y establecer su derecho de prioridad sobre cualquier puerto conveniente en la abandonada costa al norte del Golfo.

Como observador científico y como cartógrafo, Sigüenza y Góngora, según se recordará, tomó parte en estos esfuerzos, visitando las bahías de Pensacola y Mobile, y entrando en la boca del Mississippi.

El Tratado de Ryswick de 1697, produjo una tregua en los combates intermitentes entre España y Francia: tregua que no hizo sino dejar libre a Francia para cometer actos más agresivos contra las posesiones españolas en América. Pronto Iberville estaría en camino para ocupar la Luisiana y vincularla a la Nueva Francia, encajando así una cuña formidable entre la Florida española y la región argentífera de México. La intención de Francia era inequívoca. *La grande affaire est la découverte des mines, re-*

zaban las órdenes al capitán francés,<sup>1</sup> y las autoridades españolas se estremecieron ante las implicaciones de esta intrusión. Había terminado el espléndido aislamiento, que por tanto tiempo facilitó el orden estático y la brillantez barroca en la Nueva España.

Si fueron pocos los que dentro de México estaban plenamente enterados de estos sucesos extremos, muchos fueron los que eran agudamente conscientes de los acontecimientos internos que los llenaban de un raro desasosiego muy *fin de siècle*, como si todas las cosas estuvieran llegando a su término. En 1691, lluvias torrenciales causaron inundaciones repentinas y violentas que arrojaron masas de agua por las barrancas agostadas, destruyendo hogares, trojes, molinos y arrasando los ganados tanto de españoles como de indios. Iglesias, santuarios y conventos fueron arrasados con todo al embesbir los caudales por pueblos y villorrios.

Los aguaceros fueron la causa del desbordamiento de los canales de la capital, y el lago de Texcoco, normalmente seco en casi toda su gran extensión, pronto fue capaz de hacer flotar pesadas barcazas, mientras que las calzadas que lo atravesaban, hasta la ciudad, se hicieron intranstitables; las recuas no podían introducir víveres para el alivio de los hambrientos habitantes. Las casas de adobe se desintegraron por la humedad excesiva y formaron montones de lodo viscoso que escurría en las calles y plazas inundadas, dejando sin albergue, sin vituallas y sin fuego a sus desgraciados habitantes. En los campos circundantes los chaparrones transformaron los terrenos cultivados en cenagales, donde se perdieron cosechas completas. Cuando, por fin, las lluvias disminuyeron, una plaga que se dilataba con la velocidad de un incendio, atacó al trigo y al

<sup>1</sup> Pierre Margry, *Découvertes et établissements des Français dans l'ouest et dans le sud de l'Amérique Septentrionale, 1614-1756* (Paris, 1879-1888), 6 vols., vol. IV, p. 351.

malz en los distritos remotos y, por largos meses, el hambre y la privación campearon en la tierra.

Los espantosos fenómenos de la naturaleza, como aquellos que años atrás acompañaron a las exequias de fray García Guerra y que aparentemente habían introducido la época barroca, ahora se repitieron como si fuera para proclamar el inminente fin de ésta. El pueblo supersticioso interpretó un eclipse de sol como desconsoladora indicación del desagrado divino y produjo en abundancia temores históricos que sólo lentamente se desvanecieron. Este eclipse fue el mismo que Sigüenza y Góngora observa con su telescopio y al que declaró ser "no solamente un eclipse total, sino uno de los mayores que el mundo ha visto". En este ambiente de desgracia, de miseria y de terror, todos los resentimientos ocultos, las mordientes injusticias y los odios reprimidos salieron a la superficie y un hosco humor de inquietud llenó la ciudad. Las aprensiones de la minoría privilegiada volvíronse terror cuando los rumores de motines inminentes y otros desórdenes públicos se convirtieron en hechos. El 8 de junio de 1692 las tensiones estallaron en violencia. La chusma incendió el palacio virreinal y otros edificios públicos y convirtió la desordenada plaza frente a la Catedral en matadero sangriento. El virrey afortunadamente escapó del frenesí de los amotinados; pero apenas fue conjurado el derrocamiento completo del gobierno español. Durante largos meses una expectativa nerviosa agitó todo el reino por el temor a más insurrecciones. Apenas se había apaciguado este estado de alarma, cuando una peste de gran mortandad se extendió por toda la comunidad virreinal, cobrando gran número de víctimas de toda casta y clase social. Aun cuando la fuerza de la plaga disminuía, la muerte con insistencia cruel, continuó tomando víctimas entre los ilustres y los poderosos, incluyendo al virrey y al arzobispo. Estos acontecimientos sombríos acentuaron el fatalismo barroco relativo a la disolución y la podredumbre y en los corazones se reforzó la

convicción de que el fin de la época, y por cierto el del mundo mismo, era inminente.

Si el siglo xviii iba a ser testigo del principio del derrumbe de la ortodoxia tan cuidadosamente inculcada por España a sus posesiones de ultramar, el siglo xvii había puesto un sello casi indeleble sobre el carácter y la personalidad de las naciones en embrión. La fluidez de la anterior época de conquista y de colonización había cedido su lugar a la rigidez de una pauta impuesta después de que el esfuerzo de expansión de España cesó prácticamente en 1600. La represión en ascenso por parte de la Contrarreforma había frenado el movimiento facilitando la consolidación de una civilización y cultura neomedievales. Las circunstancias fueron propicias para este proceso en el México de la época, en donde acaso produjeron su más completa manifestación. La fusión acelerada de los diversos elementos humanos favoreció una jerarquía intrincada de castas y castas y esta variedad étnica tendió hacia una inmovilidad social que dejó a los blancos el dominio indiscutido en su posición permanente de privilegio. Se produjo, pues, un molde social casi inmune a la erosión del tiempo y a la modernidad. Económicamente, estos factores heterogéneos formaban una masa proletaria en gran parte despojada de los frutos de su trabajo. Si la *encomienda*, un sistema semifeudal de señorío y servidumbre, o de amo a esclavo, implantado en el siglo xvi estaba ya desmoronándose durante la época barroca éste se reemplazaba por el sistema aún más cruel del peonaje por deudas, el cual estaba destinado a persistir hasta los principios del siglo xx y a hundir a aquella nación en la anarquía y el caos de la revolución social.

Inherente al orden colonial era un Estado arbitrario y monolítico encabezado por un vice-soberano con autoridad casi absoluta, el cual funcionó esencialmente como administrador de la enorme hacienda de su dueño ausente, el rey de España. El amo real deseaba percibir el máximo

provecho de sus bienes pero como monarca cristiano, su actitud era en general paternalista y muchas veces el monarca tuvo la creencia de que beneficiaba a sus súbditos mediante decretos iluminados. Las grandes distancias y las lentas comunicaciones anulaban la mayoría de estas buenas intenciones, y los representantes de Su Majestad frecuentemente eran poco menos que déspotas absolutos. Ejerciendo los poderes judiciales, ejecutivos y aun legislativos, fueron inexpugnables y omnipotentes; su voluntad tomaba el carácter de ley y sus personas aureolas de infalibilidad. Rodeados por una burocracia obsequiosa, eran accesibles sólo mediante la adulación servil o la influencia de privados. Pocos de los virreyes y gobernadores del siglo xvii fueron algo más que hombres de talento y carácter mediocres y que por lo tanto difícilmente pudieron dejar de sentirse transformados en semidioses por esa autoridad casi ilimitada. La arrogante importancia, que tanto halaga la vanidad, alentó una tradición personalista y dictatorial destinada a reaparecer en la vida política de la futura república.

El mismo periodo fue testigo de la siembra de las semillas del *caciquismo*, o sea del gobierno de cabecillas políticos en las comunidades locales, mal que floreció con toda su virulencia cuando el derecho al sufragio bajo las instituciones republicanas suministraba la ilusión de una soberanía popular. Los *corregidores* y *alcaldes mayores* de provincia eran magistrados de distrito que muchas veces ejercieron autoridad absoluta en sus jurisdicciones. Gozando éstos de influencia indisputada, se enriquecieron fácilmente mediante el monopolio de la sal, de las semillas, de los apuros y de otras cosas necesarias para el indio campesinado indígena. Y estos corrompidos agentes del gobierno central rara vez se resistieron a agrandar a las familias aristócratas de la localidad mediante el uso ilegítimo de sus prerrogativas, forzando a los desgraciados peones a prestar servicios no remunerados, reprimiendo toda inquietud latente que hubiera entre los explotados. De esta manera se

solidificó una forma de despotismo mejor y de personalismo localista, que llegó a ser virtualmente inmune a la atrición subsecuente de la experiencia política.

Evidente en el siglo xvii fue la consolidación del poder y de la riqueza de la Iglesia. Teóricamente subordinada al Estado, su influencia era patente en cada uno de los aspectos de la vida secular. En muchos aspectos adquirió predominio en todos los asuntos humanos rivalizando así con la Iglesia medieval europea. Esta tradición de preponderancia fue abandonada muy lentamente. La doble tarea de convertir a la población indígena e impedir la apostasía entre los fieles fue justificación suficiente de la acumulación de riqueza material y del constante aumento del cuerpo de clérigos. Mucho antes de terminarse el siglo xvi, las inmensas tierras que le pertenecían identificaron sus intereses con los de la aristocracia terrateniente, y su ardor igualitario pronto se entibió. La vida cómoda de muchos miembros del clero hizo atractiva la carrera eclesiástica: los monasterios, conventos e iglesias rápidamente se multiplicaron con el fin de acomodar creciente número de comunidades religiosas. Vastos recursos del tesoro y otros bienes inmuebles, incensantemente adquiridos por un sistema de amortización, pronto transformaron a la Iglesia, particularmente a varias Ordenes, en los principales agentes fiscales del Reino. Las actividades fiduciarias, tales como préstamos de dinero, hipotecas y arriendos fueron sumamente lucrativas para la Iglesia, y ésta, como importante proveedora de capital, ejerció poderosa influencia en la economía colonial. Su abundante riqueza y la fácil accesibilidad de mano de obra artesanal y manual, permitió a la Iglesia transformar ciudades y aldeas, especialmente en la región central de México, en el inmenso museo de arte y arquitectura barrocas que aún dura como patrimonio de la nación moderna. Estos ricos recursos, junto con una autoridad espiritual incuestionable, confirieron duraderamente a la institución una influencia enorme en todos los aspectos

tos de la vida social, cultural, intelectual y aun política del pueblo. A través de su brazo secular, la Inquisición, no toleró censura o disidencia alguna por parte de la opinión pública, al mismo tiempo que ejerció un severo control sobre la conducta particular de los hombres. De este modo la Iglesia adquirió una posición, sobre todo durante el siglo xvii, que vino a ser casi inexpugnable y sumamente resistente a los efectos corrosivos del secularismo moderno.

El capitalismo agrario fue la ideología económica subyacente de este orden neomedieval y semifudal, cuya prosperidad estribaba principalmente en la propiedad de la tierra y de sus productos. Así, fue de suprema importancia para los grupos gobernantes la posesión absoluta de esta fuente de riqueza y el dominio despótico sobre la gente del campo. El sistema de latifundios se concretó fácilmente y este concepto de organización social que implicaba por un lado grandes propiedades pertenecientes a un grupo muy selecto y por el otro, un vasto proletariado, aportó el molde vigente hasta ya entrado el siglo xx. La época barroca fue testigo de esta opresiva evolución debida a la relativa escasez de tierras cultivables, a los métodos ineficaces de cultivo, a los efectos perjudiciales de la cría de ganado bovino, a las prácticas de pastoreo y a la insaciable adquisitividad de los terratenientes, que por lo general prefirieron vivir en las ciudades. Desde el principio los invasores europeos habían tomado las mejores tierras que expandieron sus descendientes, muchas veces absorbiendo las tierras comunales de los pueblos indígenas. Con este procedimiento, las deudas reducían a los dueños abortigues al estado de peonaje y rápidamente aumentó la cantidad de tierra y la fuente de mano de obra para los amos blancos. Éste fue el método que alcanzó su mayor eficiencia durante el régimen de Díaz, a fines del siglo xix.

Las recompensas de la propiedad eran psicológicas además de materiales. Las extensas posesiones de tierra llevaban consigo el codiciado prestigio social y, para alcanzar una

posición señorial, una enorme hacienda fue muchas veces sustituto válido de alto linaje de distinción aristocrática. De este modo, muchos aventureros lograron superar los impedimentos de un origen común y legar un nombre prestigioso a su familia. El orgullo patricio y las ventajas económicas, contribuyeron a perpetuar la propiedad hereditaria mediante la institución del mayorazgo o primogenitura, que siguió floreciente hasta muy entrado el período republicano. En el curso del siglo xvii la clase criolla llegó a ser predominantemente la dueña de la tierra y tendió a adoptar una actitud menos paternalista hacia sus siervos indios que los peninsulares españoles a quienes suplantó. La abolición definitiva del controvertido sistema de *encomiendas* no trajo una mejora de la suerte poco envidiable de los indios, y la persistencia del latifundismo, con todos sus males, fue garantizada por la tradición de manos muertas preservada por la Iglesia, y de primogenitura retenida por la aristocracia. Mucho más tarde este orden rígido moriría tardamente en la furia de la revolución social.

Con ligeras modificaciones, pues, una civilización neomedieval hundió profundamente sus raíces en el suelo mexicano durante el siglo xvii. Las minorías privilegiadas del Estado, la Iglesia y de los terratenientes, ayudadas e instruidas por el pequeño aunque influyente grupo de mercaderes y contratistas ocupados principalmente en las industrias extractivas, colaboraron para conservar un orden fijo y constante dentro de un mundo que estaba cambiando aceleradamente. Las largas décadas de este siglo vieron la consolidación de la cultura hispánica en su forma más ortodoxa de sociedad semifudal de clases y de castas, basada en un sistema latifundista dirigido por un Estado absolutista y una Iglesia aún más arbitraria. El propósito de esta civilización fue la inmovilidad, tanto espiritual como intelectual, cultural, social, política y económica. En este orden estático la inspiración, la imaginación y la inventiva pudieron tener juego libre solamente en los términos acceso-

rios, y no en los formales o esenciales de la vida y de la realidad. A la vitalidad reprimida de un pueblo heterogéneo aunque muy creador le fue negada en consecuencia una vía fructífera de realización y se vio forzada a desgastarse en trivialidades dramáticas y en el exceso de ornamentación—herencia de la época barroca todavía no extinguida enteramente

Esta era formativa del México colonial no se inició, por supuesto, con el arzobispo-virrey español, fray García Góngora; ni se clausuró con el intelectualmente curioso Sigüenza y Góngora; pero estas dos figuras simbolizan, en alguna medida, importantes etapas de su evolución. El período barroco, que ellos representan, no ofrece desde luego, la rica historia externa de los días de la Conquista, ni la de aquellos otros tiempos que precedieron a la Guerra de Independencia, pero tampoco fue por entero estático. Detrás del velo profusamente bordado, hubo movimiento, pues el espíritu barroco se esforzó por reconciliar un modernismo atrevido en cuanto a forma con una vetustez extremosa en cuanto a contenido. Este esfuerzo, que esquivó decisiones y evita lo concreto, se materializó en algunos cambios de naturaleza interna durante el curso del siglo que sugiere una imprecisa polaridad en las personalidades de fray García y de don Carlos de Sigüenza.

El personaje primero compendia el ideal neomedieval de la Contrarreforma española, fundiendo la autoridad eclesiástica y la secular, la sabiduría teológica con la fe en el verbalismo para la búsqueda de la verdad. Fray García Guerra parece ser una personificación casi perfecta de este espíritu. Aunque en aquel momento el determinado empeño español de preservar la ortodoxia religiosa y el pensamiento del México colonial contra las diferencias cismáticas de la Europa contemporánea pareciera afortunado, había habido la suficiente infiltración de ideas consideradas subversivas para cuando Sigüenza y Góngora empezó sus estudios. Así como la monarquía agonizante en la Península

la no pudo impedir la intrusión extranjera en sus territorios del Nuevo Mundo, así también fue incapaz de impedir allí la intrusión de las ideas extrañas. La rigidez doctrinal, respaldada por la censura inquisitorial, pudo haberla reducido a un simple goteo, pero no las excluyó totalmente; y, si la mentalidad colonial parecía agostada, no lo estuvo tanto que permitiera la evaporación completa de los nuevos conceptos. Las mentes receptivas, como la de Sigüenza, estaban iniciando quedamente un cambio desde las ambigüedades semánticas del escolasticismo como medio para explicarlo todo, hasta el lenguaje más preciso de las matemáticas como instrumento para explicar los fenómenos naturales. Si fray García se centró en una sola sabiduría para su enfoque de todo problema, don Carlos discriminó entre lo relativo a las cosas eternas, que dejaba en manos del raciocinio tradicional, y aquellas otras cosas temporales, para las cuales aplicaba la nueva metodología de la observación y de la medida. Si fray García no dudó de la autoridad de Aristóteles en las disciplinas seculares, don Carlos, que en México se adelantó dos generaciones a su tiempo, fue vigorosamente anti-aristotélico. Él y en menor grado su contemporánea, Sor Juana Inés de la Cruz, fueron los precursores de la Ilustración que poco después arribaría a su patria.

En asuntos menos abstrusos, el intervalo que media entre fray García y don Carlos, fue también de transición. El arzobispo-virrey, español peninsular, llegó a México con el poder absoluto de un procónsul para administrar los asuntos de un reino federado a un imperio que conscientemente remedaba al antiguo sistema romano. Para los súbditos provinciales, y especialmente para los criollos, la bendición de la ciudadanía imperial fue suficiente, y acataron a la grandeza distante de los Habsburgo con orgullo y temor reverente. Al pasar las décadas, esta actitud permaneció sin cambio exterior, pero interiormente los criollos habíanse vuelto impacientes, y su antagonismo había aumentado ha-



cia los españoles nacidos en Europa, que seguían ocupando los puestos más importantes. Estos blancos criados en América habían aumentado en número y, mediante la trama de los intereses familiares que les prestaba una cierta cohesión, su poder fue consolidándose. El hecho de que por la fortuna menguante de la Madre Patria y por la perenne bancarrota de ésta, fuera posible para los criollos alcanzar mediante la compra, diversos puestos menores, solamente sirvió para agudizar su resentimiento por la exclusión de los puestos principales todavía mantenida por la corona. Como los desprecios padecidos en común a veces sirven para unir más estrechamente que las bendiciones compartidas, los criollos fueron considerándose cada día más como mexicanos y buscaron una dignidad compensatoria en su tierra natal. Aunque este orgullo no careció de conflictos e inseguridades originadas por la fricción entre las razas y por un cierto sentimiento morboso de inferioridad cultural, de él estaba surgiendo un nacionalismo embrionario. Hacia 1700 los hispanoamericanos ya lograban gobernar de manera firme los asuntos y la dirección de su país.

Este mexicanismo naciente se deja entrever a veces en los escritos de Sigüenza, como se entiende por las frecuentes alusiones a "mi patria", por sus comentarios a la inferioridad arrogante de los europeos, por sus demandas de igualdad entre México y el Viejo Mundo en cuanto a potenciales artísticos y aun intelectuales. Probablemente todo esto no fue más que una manifestación de lealtad regional, característica ésta de los pueblos hispanos de todas partes, y es dudoso que el concepto que tuvo Sigüenza de "Patria" se extendiera mucho más allá de su propia clase y mucho más allá de las populosas fronteras de los alrededores de la ciudad de México.

Para él, como para los de su medio social, sus conceptos estaban inseparablemente asociados con lo español. Aun así, es significativo que, posiblemente más que cualquier otra persona de su tiempo, incluyera también esta conciencia

de lo nacional, la herencia aborigen de su tierra. Su dedicación de toda la vida a la antigüedad indígena testimonia este dato. Grandes eruditos españoles como Sahagún y Torquemada, antes que él, habían dedicado sus vidas a estos estudios, pero en la obra del criollo mexicano se siente una mayor identificación con este saber anónimo. Desde la edad de veintitrés años fue coleccionando libros, códices, mapas y pinturas relacionados con la historia prehispánica, hasta reunir la más rica colección de su tiempo sobre materiales arqueológicos e históricos de la civilización autóctona. Como dominaba varias lenguas mexicanas, pudo recopilar sabias monografías, de las cuales prácticamente ninguna sobrevivió. "Si hubiera alguien en la Nueva España que pagara los gastos de la imprenta... no cabe duda que yo sacaría a luz varias obras, en cuya composición he sido estimulado por el gran amor que tengo a mi patria..." escribió y añadía tristemente "... estos y otros datos requieren grandes volúmenes, y así probablemente morirán conmigo (pues jamás podré publicarlos debido a mi gran pobreza)".<sup>2</sup>

Otro incidente pone de manifiesto cierto atrevimiento del criollo al enfrentarse a la autoridad española y además revela la disposición del erudito a considerar la cultura indígena como parte integrante de su mexicanismo. Un nuevo virrey, el Marqués de la Laguna, llegó de España en 1680 y, según la costumbre, diversos arreglos decorativos se hicieron para solemnizar su entrada a la capital. Un adorno importante era invariablemente un Arco de Triunfo con alegorías adecuadas y dibujos emblemáticos. Casi siempre los organizadores habían hecho uso de mitos y leyendas de la antigüedad griega y romana para agrandar la vanidad del vice-soberano. En esta ocasión Sigüenza y Góngora fue comisionado para seleccionar los tópicos y ejecutar los trazos, y optó por romper, de manera bastante brus-

<sup>2</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Parayso Occidental* (México, 1684), prólogo.

ca, con la tradición. Pasando por alto los modelos clásicos, representó en efigies y con apropiadas inscripciones, a los dioses y emperadores aztecas cada uno de los cuales encarnaba alguna virtud o característica de las que se consideraban deseables en los gobernantes. En su *Teatro de virtudes políticas que constituye un príncipe: Advertidas en los monarcas antiguos del mejicano imperio*, volumen comemorativo de la ocasión y escrito en la prosa hinchada e indigesta de la erudición barroca, Sigüenza describió muy detalladamente el carácter y los hechos notables de los reyes abortigenes tan desdeñados por los españoles.<sup>3</sup> Como los cristiano-europeos podían hallar inspiración en las culturas paganas de griegos y romanos, así también, según parece hacer notar el erudito criollo, los cristianos mexicanos podían derivar un simular simbolismo del pasado americano, y con calor y entusiasmo ensalza las cualidades y logros de los magistrados paganos de su tierra natal. Con todo esto, es de sospechar que, de un modo sutil, el sumamente inteligente Sigüenza quiso recordar a los orgullosos peninsulares que el reino sobre el que venían a presidir no era un mero anexo del imperio español, sino una tierra con rico caudal propio. Y es muy posible que, el alabar la integridad y la agudeza política de los gobernantes prehispánicos de México, él trataba ingeniosamente de instruir al recién designado por el rey de España en la materia del Estado y buen gobierno de su patria criolla.

En la intención, tan cuidadosamente velada por el exce-

<sup>3</sup> *Teatro de virtudes políticas que constituye un príncipe: Advertencias en los monarcas antiguos del mexicano imperio...* (México, 1680), reimpresso en Francisco Pérez Salazar, *Obras de Carlos de Sigüenza y Góngora, con una biografía* (México, 1928), pp. 1-148. Ver también Francisco López Cámara, "La conciencia criolla en Sor Juana y Singüenza", *Historia Mexicana*, 6 (1957), núm. 3, pp. 350-73. Hermenegildo Corbató, "La emergencia de la idea de nacionalidad en el México colonial", *Revista Iberoamericana*, 6 (1943), pp. 377-392.

so de detalles y verbalismo del estilo barroco, está patente un mexicanismo incipiente que el hispanoamericano más elocuente enunciaba en más de una ocasión. En su descripción de la *mascarada* de Querétaro, como se recordará, aprovechó la oportunidad para entretenerse ampliamente en las virtudes de los gobernadores precortesianos de México y también sobre las capacidades militares mostradas por sus compatriotas en aquel desfile. La expresión franca de tales sentimientos marca un adelanto en la conciencia nacional, pues es dudoso que en el tiempo de fray García Guerra, ni siquiera el criollo más descontento hubiera podido tener en aprecio el pasado indígena, o haber tenido la osadía de emplearlo como tema alegórico para honrar el advenimiento al reino del vicario del rey. De hecho, el haber levantado a los caudillos paganos de los aztecas como modelos para instrucción y ejemplo de los altivos conquistadores hubiera parecido entonces casi nada menos que lesa majestad. Durante las últimas décadas del siglo, sin embargo, la clase criolla tuvo conciencia de su creciente fuerza y cohesión y estuvo cada vez más dispuesta a hacer valer sus derechos, aunque todavía con sujeción discreta. Por otra parte durante el curso del siglo, el trazo complejo e involucreado del estilo barroco español trasplantado absorbió elementos de la historia y del sentir indígena además de motivos aborígenes en el arte y en la arquitectura infundiendo así al sentimiento y a la expresión artística un carácter híbrido distinto del de España y, hasta cierto punto, único. En tanto que la fusión étnica progresaba en la raza de las razas, tuvo su paralelo en una amalgama semejante en las esferas de la estética y de la psicología.

Durante las décadas que siguieron al siglo XVII, se nota poco cambio en el espíritu barroco, excepto, acaso, en la tendencia a intensificar su predilección por la exageración, la extravagancia, la hipérbolo y por los superlativos que a veces llevaron la expresión artística y literaria a los extremos más grotescos. Estas manifestaciones fueron, posible-

mente, productos de una sostenida represión de la vitalidad interior que estaba ya a punto de estallar. La prolongada crisis del "eterno orden de la teología", había creado tensiones que la ortodoxia y la tradición ya no podrían compensar durante mucho tiempo más. La larga incubación de las presiones de expansión iba ya a producir las ideologías revolucionarias del racionalismo del siglo xviii y del republicanism del xix. Pero cuando acaecieron, y por violentas que fueran las convulsiones ocasionadas, no lograron romper completamente la matriz barroca que durante los largos años de la dominación española fue temible permanente impreso en la personalidad y la civilización de la América española toda. De hecho, y para hacer la suma total de lo pronunciada que es esta herencia peculiar hoy día, se cita aquí el comentario reciente de un crítico perspicaz, y distinguido ciudadano, quien dice: "Sin embargo, [lo barroco] fue uno de los elementos más profundamente arraigados en la tradición de nuestra cultura. A pesar de casi dos siglos de enciclopedismo y de crítica moderna, los hispanoamericanos no nos evadimos enteramente aún del laberinto barroco. Pesa en nuestra sensibilidad estética y en muchas formas complicadas de psicología colectiva."

## BIBLIOGRAFÍA

- Alemán, Mateo. *Sucesos de D. Frai Garcia Guerra Arcoobispo de Mejico*. . . Edición crítica de Alice H. Bushee, *Revue hispanique* (Nueva York-París, 1911), vol. 25, pp. 1-99.
- Andrade, Vicente de Paula. *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xvii* (México, 1899).
- Arrom, José J. *El teatro de Hispanoamérica en la época colonial* (La Habana, 1956).
- Arroyo, Anita, *Razón y pasión de Sor Juana Inés de la Cruz* (México, 1952).
- Balbuena, Bernardo de. *La grandeza mexicana*. Biblioteca del Estudiante Universitario, 23 (México, 1954).
- Bancroft, Hubert Howe, *History of Mexico* (San Francisco, 1883-88), 6 vols.
- Bolton, Herbert Eugene. *Rim of Christendom* (Nueva York, 1936).
- Borah, Woodrow. *New Spain's Century of Depression*. Ibero-Americana series, 25 (Berkeley, 1951).
- Carreño, Alberto M. (ed.). *Gonzalo Gómez de Cervantes*. 1946).
- Carreño, Alberto M. (ed.). *Gonzalo Gómez de Cervantes. La vida económica y social de Nueva España al finalizar el siglo xvi* (México, 1944).
- Cavo, Andrés, *Los tres siglos de México durante el gobierno español*. . . (México, 1936-38), 4 vols.
- Cepeda, Fernando y Fernando Alonso Carrillo, *Relación universal legítima y verdadera del sitio en que está fundada la muy noble, insigne y leal Ciudad de México*. . . (México, 1637).
- Conway, G. R. G. (ed.). *Friar Francisco Naranjo and the Old University of Mexico* (México, 1939).

- Cuevas, Mariano, S. J. *Historia de la Iglesia en México* (Tlalpan, México, 1921-24), 3 vols.
- Chávez, Ezequiel A. *Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz* (Barcelona, 1931).
- Diggs, Irene. "Color in Colonial Spanish America," *Journal of Negro History*, 2 (1953), pp. 405-27.
- Friedrich, Carl J. *The Age of the Baroque, 1610-1660* (Nueva York, 1952).
- García, Genaro (ed.). *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México* (México, 1905-11) 35 vols.
- Gemelli Careri, Juan Francisco. *Viaje a la Nueva España* (México, 1927).
- González Obregón, Luis. *The Streets of Mexico*. Traducido por B. C. Wagner (San Francisco, 1937).
- \_\_\_\_\_. *D. Guillén de Lampart. La Inquisición y la Independencia* (Nueva York, 1908).
- \_\_\_\_\_. *México viejo* (Paris, México, 1900).
- Guijo, Gregorio Martín de. *Diario de sucesos notables. Documentos para la historia de México* (México, 1853).
- Jiménez, Rueda, Julio. *Herejías y supersticiones en la Nueva España. Los heterodoxos en México* (México, 1946).
- Kelmen, Pál. *Baroque and Rococo in Latin America* (Nueva York, 1951).
- Lea, Charles Henry. *The Inquisition in the Spanish Dependencies* (Nueva York, 1908).
- Leonard, Irving A. *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, A Mexican Savant of the Seventeenth Century* (Berkeley, 1929).
- \_\_\_\_\_. *Alboroto y motin de los indios de México del 8 de junio de 1692* (México, 1932).
- \_\_\_\_\_. *The Spanish Approach to Pensacola, 1689-1693*. Quivira Society Publications, vol. 9 (Albuquerque, 1939).
- Madariaga, Salvador de. *The Fall of the Spanish American Empire* (Londres, 1947).
- Marroqui, J. M. *La Ciudad de México* (México, 1900-1903), 3 vols.
- Maza, Francisco de la. *Enrico Martínez, cosmógrafo e impresor de Nueva España* (México, 1943).
- Medina, Balasar de. *Crónica de la Santa Provincia de San Diego* (México, 1682).
- Medina, José Toribio. *La Imprenta en México (1539-1821)* (Santiago de Chile, 1907-1912), 8 vols.
- Méndez Plancarte, Alfonso. *Poetas novohispanos. Primer siglo (1521-1621)*. Biblioteca del Estudiante Universitario 33 (México, 1942).
- \_\_\_\_\_. y Alberto G. Salceda. *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*. (Fondo de Cultura Económica, 1951-1957), 4 vols.
- Morison, Samuel E. *The Puritan Pronaos. Intellectual Life in New England in the Seventeenth Century* (Nueva York, 1936).
- Muriel, Josefina. *Conventos de monjas en la Nueva España* (México, 1946).
- Newton, A. P. (ed.). *Thomas Gage. The English American. A New Survey of the West Indies, 1648* (Londres, Guatemala, 1946).
- Pérez Salazar, Francisco (ed.). *Obras de Don Carlos de Sigüenza y Góngora* (México, 1928).
- \_\_\_\_\_. *Biografía de D. Carlos de Sigüenza y Góngora, seguida de varios documentos inéditos* (México, 1928).
- Picón-Salas, Mariano. *De la Conquistista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (Fondo de Cultura Económica, 1969).
- Pimentel, Francisco. *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México* (México, 1883).
- Rangel, Nicolás (ed.). *Cristóbal de la Plaza y Jaén. Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México...* (México, 1931), 2 vols.
- \_\_\_\_\_. *Historia del torero en México: Época colonial, 1529-1821* (México, 1924).
- Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos* (Barcelona, 1888-89), 5 vols.

- Rivera, Juan Antonio. *Diario curioso de México*. Documentos para la Historia de México, series 1, vol. 7 (México, 1854).
- Rivera Cambas, Manuel. *Los gobernantes de México* (México, 1872-1873), 2 vols.
- Robles, Antonio de. *Diario de sucesos notables*. Documentos para la historia de México, series 1, vols. 2, 3 (México, 1853).
- Rojas Garcidueñas, José. *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Erudito barroco*. Vidas mexicanas, 23 (México, 1945).
- \_\_\_\_\_. *Bernardo de Balbuena: La vida y la obra* (México, 1958).
- Romero de Terreros, Manuel. *Carlos de Sigüenza y Góngora. Relaciones históricas*. Biblioteca del Estudiante Universitario, 13 (México, 1957).
- Schons, Dorothy. *Notes from Spanish Archives*. (Ann Arbor, Michigan, 1946).
- \_\_\_\_\_. *Book Censorship in New Spain* (Austin, 1949).
- Sigüenza y Góngora, Carlos de. *Glorias de Querétaro en la nueva congregación eclesiástica de María Santísima de Guadalupe* (México, 1680; 1945).
- \_\_\_\_\_. *Triunfo patético* (México, 1683; 1945).
- \_\_\_\_\_. *Teatro de virtudes políticas...* (México, 1680; 1928).
- \_\_\_\_\_. *Poemas*. Recopilados por Irving A. Leonard. Estudio preliminar de F. Abreu Gómez (Madrid, 1931).
- \_\_\_\_\_. *The Mercurio Volante*. Facsimile. Traducción, introducción y notas de Irving A. Leonard. Quivira Society Publications, vol. 2 (Los Ángeles, 1932).
- \_\_\_\_\_. *Paraiso occidental* (México, 1684).
- \_\_\_\_\_. *Libra astronómica y filosófica* (México, 1690).
- Sosa, Francisco. *El episcopado mexicano. Biografías de los excelentísimos señores arzobispos desde la época colonial hasta nuestros días* (México, 1939).

- Valle-Arízpe, Artemio de. *El Palacio Nacional de México* (México, 1936).
- \_\_\_\_\_. *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas* (México, 1939).
- \_\_\_\_\_. *Calle vieja y calle nueva* (México, 1949).
- Vázquez de Espinosa, Antonio. *Nueva España en el siglo XVII* (México, 1944).
- Vetancourt, Agustín de. *Teatro mexicano* (México, 1698; 1870-1871), 4 vols.
- Wright, Thomas G. *Literary Culture in Early New England, 1620-1730* (New Haven, 1920).